

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 7 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,004.

SUMARIO.

José Mazzini; grabados. — Memoria por don J. E. Hartzbusch. — El doctor Nélaton; grabado. — Revista de París. — Salvamento de naufragos. — Museo de Nápoles: La Taza Farnesiana; grabados. — ¿Qué hará de ello? — Teatro del Chatelet; grabado. — Embellecimientos de París; grabado. — La cueva de Benidoleig. — El Sol; grabados.

José Mazzini.

José Mazzini, que acaba de morir, tiene un puesto marcado, sea cual fuere el modo con que se considere su papel, entre las personalidades más importantes que la historia juzgará definitivamente. Imposible sería dar idea, con una noticia biográfica, del mundo de sucesos en que ha figurado y á veces dirigido; y así es que nos concretaremos á fijar aquí algunos de sus rasgos característicos de tan popular personaje.

Mazzini nació en Ginebra, el 28 de junio de 1808.

Hijo de un profesor de medicina de la ciudad de Ginebra, se destinó en un principio al foro, y graduado de doctor, demostró grande afición desde muy joven á la lucha literaria y política. En muchos y muy brillantes artículos que escribió entonces nos ha dejado el secreto de sus aspiraciones en literatura; era romántico, partidario de las nuevas doctrinas, gran admirador de la famosa novela de Manzoni los *I Promessi Sposi*, que apasionaba y dividía entonces á la Italia. En política, Mazzini no tenía más que un sueño, que era la unidad de su país. Desde el año 1815, la Italia, reducida á la esclavitud, era presa del extranjero, apenas respiraba bajo la opresión del Austria. Mazzini resolvió trabajar por su emancipación.

Era entonces la época de las sociedades secretas, de las afiliaciones de carbonarios, de los complots urdidos en la sombra, y Mazzini debía encontrar en aquellos conciliábulo á un hombre á quien reservaba el destino la corona imperial. Austero, sombrío,

elocuyente, de una elocuencia ruda y abundante, Mazzini ejercía en la juventud una profunda influencia. En 1830 trata de reformar y rejuvenecer á la sociedad envejecida ya de los carbonarios; pero le delatan, y va á parar á una cárcel, de la que sale al cabo de seis meses para venir á fundar en Marsella la sociedad de la *Jóven Italia*, que tomó la iniciativa en la obra de la unidad nacional de la patria.

El programa de Mazzini era lo que ha sido siempre; se resumía en estas dos palabras: *Dio é Popolo*. Hom-

bre de espíritu religioso, casi místico, Mazzini no atacó jamás á la religión, y nunca prescindió de la fe. El día en que siendo dictador de la república romana, supo que los franceses iban á intentar el asalto de la puerta de San Pancracio, dió con sus colegas el decreto siguiente:

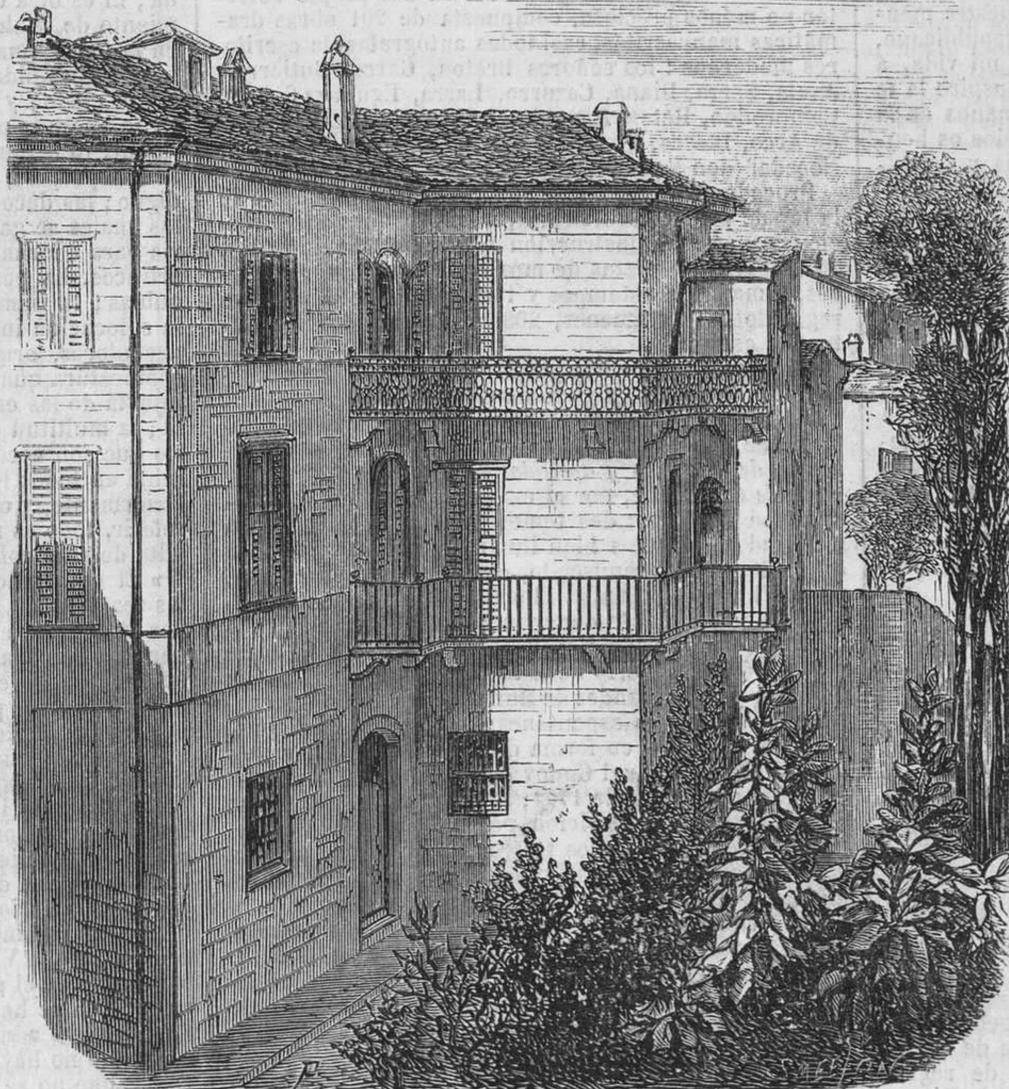
« En nombre de Dios y del pueblo, al primer sonido de la campana se expondrá el Santísimo Sacramento en las principales iglesias, para implorar la salvación de Roma y el triunfo del buen derecho. Los *triumviros*, Carlo Armellini, Mazzini y Aurelio Saffi. »

La fe en Dios, que constituyó siempre el fondo de la doctrina de Mazzini, es uno de los rasgos característicos de su naturaleza. Mazzini resumía sus aspiraciones en tres palabras: « Dios, la Familia y la Patria. » Todos sus manifiestos, todos sus escritos no respiran otra cosa.

Sé cuán difícil es analizar una existencia semejante á la suya, y todo lo que puede decirse, por ejemplo, de esa manía del complot permanente, de la agitación y la conspiración perpétuas; pero sea como quiera, lo cierto es que Mazzini, consagrado enteramente á la obra que consideraba como un apostolado político, protestó siempre contra ciertas tentativas de asesinatos en las que mezclaron su nombre, y no hace mucho tiempo aun clamaba contra los crímenes de la Commune.

« La orgía de furor, de venganza y de sangre, cuyo espectáculo Paris ha dado al mundo, escribía Mazzini en la *Roma del Popolo* (junio de 1871), llenaría nuestra alma de desesperación, si no tuviéramos más que opiniones y no una fe. Los actos de la Commune deben execrarse eternamente. »

No habrá habido existencia á la vez más severa y novelesca que la de Mazzini. Puede decirse que fué un soberano sin reino, algo como un terrible *empresario* que entre bastidores tiene los hilos de todo un mundo. Ocultó siempre, hoy aquí, mañana en otra parte, atravesando con disfraces los países en donde estaba condenado por la justicia, advirtiendo él mismo á la policía francesa que tal día y á tal hora dejaba el territorio francés, correspondiendo secretamente desde el fondo de algún rincón ignorado con los más altos personajes, rodeado de espías y de acólitos, viviendo años enteros en



PISA. — Casa mortuoria de Mazzini.

ciudades sin ser reconocido, apareciendo y desapareciendo como por encanto, especie de personaje fantástico, cuya muerte se anunció tantas veces y que ha vivido hasta los sesenta y dos años. ¿Es posible imaginar una novela que pueda compararse con esta historia?

Una familia inglesa alquilaba en Londres hacia muchos años á un extranjero, ó mejor dicho, á un holandés, cuyo lenguaje correcto y elegante no inspiraba recelo alguno, un cuarto en la casa comun. Todas las noches el huésped se presentaba en el círculo de familia y tocaba en la guitarra preciosas melodías de su país. En la pared de aquella sala estaba colgado un retrato de Mazzini. Los ingleses hablaban con frecuencia del *agitador*, y el huésped no se mezclaba jamás en aquella conversación, habiendo dicho que no conocía á José Mazzini.

Ahora bien; el guitarrista era José Mazzini, y allí permaneció largos años sin descubrirse y sin que las personas de la casa sospecharan siquiera que era italiano.

Los conspiradores necesitan una presencia de ánimo y una sangre fría verdaderamente extraordinarias.

Un día, en Italia, estando Mazzini en casa de un amigo, ve entrar á dos personajes que desean hablar con el amo.

Mazzini les introduce sin recelo, cuando en el instante en que entra en la pieza en que se hallaba su amigo, este exclama bruscamente, dirigiéndose á Mazzini:

— ¿Por qué introduces aquí personas sin anunciarlas? No sabes servir, y si replicas una palabra, te despiden.

Mazzini comprendió.

Su amigo, sospechando que aquellos dos hombres eran esbirros, se inclinó y huyó á toda prisa de aquella casa, que, con efecto, fué registrada por la policía.

De estas anécdotas podríamos citar hasta lo infinito. Repito que la historia de Mazzini pertenece á la novela ó al drama. Menos ruidoso que Garibaldi, mas tenebroso que Daniel Manin, Mazzini representa en Italia el patriota que trabaja en favor de la obra comun, no á la luz del día, sino en la sombra, y á quien todos los medios le parecen buenos si contribuyen á la libertad de la patria.

Una vez, desde el fondo de su retiro, el conspirador escribió una carta al rey Victor Manuel, suplicándole que no tuviera mas que un pensamiento, la Italia; y sin temor de que su escrito fuera tachado de apostasia, le dijo lo siguiente:

« Olvidad un momento al rey para no ser mas que el primero de los ciudadanos... Sed grande como el destino que Dios ofrece á vuestra ambición, sublime como el deber, osado como la fe. Querid y decidlo. Tendréis á todo el mundo con vos, y á nosotros los primeros. Y cuando hayais vencido, en medio de los aplausos de la Europa y del agrado entusiasmo de los vuestros, preguntareis á la nacion qué puesto señala al que comprometió su trono y su vida á fin de hacerla libre y una, sea que deseéis pasar gloriosamente á la posteridad con el nombre de presidente vitalicio de la República italiana, sea que el pensamiento dinástico y real persista aun en vuestra mente... y Dios y la nacion os bendecirán. Yo, republicano, resuelto á volver al destierro para acabar mi vida, á fin de conservar intacta hasta el último suspiro la fe de mi juventud, exclamaré con mis hermanos de la patria italiana: « Presidente ó rey, que Dios os bendiga como la nacion por la cual osásteis y vencisteis. »

He citado este escrito porque no se conoce, y porque alumbra con una nueva luz la figura de Mazzini. Con efecto, aquel hombre pálido, casi acitunado, grave, con su aspecto cansado, pero con las miradas de fuego, no vivía hacia muchos años sino con la idea de arrancar al extranjero su tierra natal.

El pueblo de Pisa acompañó en muchedumbre el otro día al féretro de Mazzini. La antigua ciudad sombría y triste, parecida á su Campo Santo, se llenó de ruido con el entierro de Mazzini. Los periódicos salieron con orla negra. La muerte de Mazzini ha tenido la importancia de un luto nacional. Las naciones perdonan todo á los hombres que han trabajado en la tarea árdua y difícil, de arrojar de su territorio al extranjero.

J. C.

Memoria

LEIDA EN LA BIBLIOTECA NACIONAL EN LA SESION PÚBLICA
CELEBRADA EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1872, POR DON
JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,003.)

Se han escrito para los índices 11,524 papeletas; se ha formado nuevo inventario de los efectos de la Biblioteca que no son libros, y un proyecto de reglamento interior, que se presentará en breve á la Direccion general de instruccion pública.

Se han reimpresso las dos Memorias correspondientes á los años 1863 y 1864, que solo se habian publicado en la *Gaceta de Madrid*, y lo mismo se hará sucesivamente con tres de años anteriores, imprimiéndose por primera vez las de 1858 y 1859, á fin de completar la coleccion de esta clase de informes, principiada por el Excmo. señor don Agustin Duran, de dulce recuerdo.

Del archivo del ministerio de Estado hemos recibido una donacion sumamente apreciable. Dije en la Memoria del año pasado que en aquella dependencia existía un crecido número de manuscritos, trabajos y estudios de la niñez de Felipe, duque de Anjou, que vino con el tiempo á ser quinto rey de su nombre en España y fundador de esta Biblioteca: ella guarda hoy estos manuscritos. Son 60 volúmenes, de varios tamaños, bien encuadernados, casi todos en tafete, con adornos de lises todos, y los mas con las armas de España. Son de letra de Felipe V algunos; otros de buenos escribientes franceses; ninguno está firmado, como se dijo en la Memoria del año anterior, pero conviene añadir que uno de ellos tiene este decisivo tejuelo: *Argumentatio Philippe V*, y el titulo interior es: *Argumentatio pro Cesare contra Alexandrum*, manuscrito en cuarto de muy hermosa letra de carácter francés, que consta de 69 fóllos, obra del duque, rey nuestro despues, y de 108 la continuacion, con el titulo de *Responsio ad argumentationem pro Cesare contra Alexandrum*. Debemos este precioso don al Excelentísimo señor ministro de Estado don Cristino Martos por los buenos oficios de mis amigos los señores don Francisco Millan y Caro, don Félix de Pereda y Lopez, y muy especialmente del señor don German Martinez, antiguo meritísimo oficial de aquel ministerio, quien propuso además se diesen (y en efecto se dieron) á esta Biblioteca tres hermosas esferas, de unas tres cuartas de diámetro, lujosamente montadas en tripodes de bronce, encerradas en cajas octogonas de cristales.

De los demás donativos hechos á la Biblioteca nacional por corporaciones é individuos dignísimos (de agradecimiento sobre todo), va al fin de esta Memoria nota especial, que sentiríamos no apareciese completa.

Con un gran número de estampas duplicadas y multiplicadas que posee la Biblioteca, y pertenecieron á la copiosísima coleccion de grabados que el gobierno compró al señor don Valentin Carderera, hemos hecho un cambio útil al establecimiento. Manifesté años há la conveniencia de que se nos cediese gratis un ejemplar de cada fotografia que se expusiese á pública venta: los editores de esta clase de estampas, que hacen á cada paso regalos de cuanto dan á luz, olvidan ó no han aprendido el camino de nuestra casa. Para principiar á reponer tan sensible abandono hemos cedido una porcion considerable de estampas duplicadas al aventajado pintor, nuestro amigo, señor don Manuel Castellano, y hemos recibido de él una coleccion de fotografias, que consta no menos que de 24,000 artículos, retratos, paisajes, vistas de edificios, etc., en la cual entran con muchos retratos desconocidos casi todas las notabilidades de España. A esta coleccion ha acompañado otra del propio colector no menos preciosa, compuesta de 201 obras dramáticas manuscritas, casi todas autógrafas de escritores modernos: los señores Breton, Garcia Gutierrez, Ayala, Serra, Diana, Cazorro, Larra, Eguilaz, Selgas, Camprodon, Retes, Hurtado, Gutierrez de Alba, Nuñez de Arco, Blasco, Puente y Breñas, Pedrosa, Gaspar, Nocedal (don Ramon), etc., etc.

Procedentes de entregas hechas en cumplimiento de la ley de propiedad literaria, nos ha remitido la Direccion general de instruccion pública 585 volúmenes, 30 folletos, 369 piezas de música, 20 cuadros sinópticos, 4 mapas, 8 estampas y 1 manuscrito. Se nos han regalado 261 volúmenes, 208 periódicos, 1,511 folletos, 40 estampas.

Ha adquirido por compra la Biblioteca 643 volúmenes, 22 periódicos, alguno de ellos de muchos tomos, 2,456 folletos, 4 mapas y 19 manuscritos, uno muy notable. Se titula *Compendio de los blasones, armas é insignias de las casas y apellidos del reino de Navarra y parte de Guipúzcoa*, por el maestro de campo don Pedro José de Vega: dos tomos en cuarto mayor, con multitud de escudos bien iluminados y bastante bien dibujados. Otro manuscrito, corto, pero preciosísimo, no nos ha costado nada. El señor don Francisco Garcia Fresca, ayudante de primer grado en el archivo central de Alcalá de Henares, ha hallado allí, entre papeles del ministerio de Estado, unos autógrafos de don Leandro Fernandez de Moratin, de uno de los cuales nos ha enviado espontáneamente copia fidelísima. Es una exposicion en forma de carta, dirigida, segun parece, á don Manuel Godoy desde Londres, con fecha de 20 de diciembre de 1792; la precede un memorial al rey. Tiene la exposicion por objeto manifestar el lamentable estado de los teatros de España en aquella época; y en el memorial solicita Moratin el nombramiento de director de ellos. Se ve en el uno y en el otro escrito la pluma que dialogó *la Comedia nueva*, y por esta razon he creído que debiera incluirlos aquí, como documentos que convendrá tener á mano cuando se haga una edicion completa de las obras de aquel insigne escritor escénico.

El memorial es este. Sobre: Señor. — « Don Leandro Fernandez de Moratin. — A L. R. P. de V. M. — Suplica. »

MEMORIAL.

« Señor: Don Leandro Fernandez de Moratin, puesto á los R. P. de V. M., con el mayor respeto le hace presente: Que habiéndose dedicado desde su edad mas tierna al estudio de las letras humanas, y en particular al de la poesia dramática, igualmente que al conocimiento del teatro, no solo en la teórica de los mejores autores, sino en la práctica que ha adquirido en él no vulgares conocimientos, que acaso podrian ser útiles al teatro español, cuya reforma le parece muy necesaria y urgente. — A este fin propone á V. M. la creacion de una plaza de director de teatros españoles de Madrid, con todas las facultades necesarias para poder verificar la enmienda de ellos; y si V. M. le juzgase capaz de desempeñarla, él por su parte no dudará sacrificar todo su talento y estudio á un objeto de tal importancia, no menos digno de la atencion del gobierno, que interesante á las costumbres públicas, á la ilustracion y á la gloria nacional. »

EXPOSICION.

« Excmo señor: Muy señor mio y de mi mayor respeto: El estado en que hoy dia se halla el teatro español es tal, que no hay hombre medianamente instruido que no convenga en la urgente necesidad de su reforma. Los abusos que se han introducido en él nacen de la poca atencion que ha merecido al gobierno un objeto tan importante, de donde ha resultado por necesidad su envilecimiento.

» Es cosa averiguada que cualquier teatro bien gobernado produce una utilidad muy superior á sus gastos; y esta especie de establecimientos es acaso la única que pueda mantenerse sin mendigar los socorros del Erario real ni de los particulares; pero por un trastorno y complicacion de circunstancias de que es difícil persuadirse, los teatros de Madrid apenas pueden sostenerse, á pesar de la miseria y la indecencia de sus espectáculos, indignos de una corte como la nuestra, y nada correspondientes al estado en que se hallan las artes, la literatura, la ilustracion y la opulencia nacional.

» Mientras de los productos del teatro se sacan sumas considerables para objetos que no tienen con él la mas remota conexon, y á los cuales podria y deberia acudirse con otros arbitrios, vemos (con vergüenza y descrédito nuestro) que no hay premios para estimular los buenos ingenios de que abunda la nacion á que se dediquen á componer obras dignas por medio de las cuales se destierren los desatinos que diariamente se representan. No hay quien instruya á los cómicos en el arte de la declamacion, de donde resulta que todos son ignorantes en su ejercicio; y si tal vez por un efecto extraordinario del talento llegasen á acertar en algo, serian inútiles estos esfuerzos, puesto que no hay establecida una recompensa justa, proporcionada á sus adelantamientos. La música teatral está, como los demás ramos, atrasada y envilecida; ni es otra cosa en la parte poética que un hacinamiento de frialdades, chocarrerías y desvergüenzas; en la parte musical un conjunto de imitaciones inconexas, sin unidad, sin carácter, sin novedad, sin gracia ni gusto; y ¿qué puede ser la parte del canto, si no se aprende por principios, si no hay ejemplos que imitar, ni estímulos que la perfeccionen? Los trajes son impropios, ridiculos, indecentes; el aparato indigno; las decoraciones mamarrachos desatinados, en los cuales se gasta (por mala direccion) lo que bastaria para adornar el teatro con obras de los mejores artifices. La pesadez, rudeza y mal gusto de las máquimas; la iluminacion pobre, súcia y mal dispuesta; la colocacion incómoda de la mayor parte de los espectadores, origen de la inquietud, alboroto y descompostura que se observa en ellos; la arbitrariedad injusta de las entradas; el mal método de la cobranza; la multitud de empleados inútiles; la escasez de los que son necesarios; la ninguna subordinacion que reina en todos los que sirven al teatro, exterior é interiormente, y otros muchos abusos que seria molesto referir, todo es resulta necesaria de la complicacion y falta de plan con que se administra.

» El corregidor de Madrid es el juez protector de los teatros: no hay cosa mas justa; pero allí mandan por una parte el corregidor, por otra los regidores, por otra los alcaldes, por otra el Consejo, y por otra las órdenes superiores que se adquieren por medios extraordinarios para favorecer una ú otra pretension particular; de donde resulta que unos deshacen lo que hacen otros; que se multiplican, se contradicen y se inutilizan las disposiciones mas justas; que nadie conserva una autoridad legitima y segura; ningun subalterno cumple con sus obligaciones, y por consiguiente nada se hace bien. Para el exámen y admision de las piezas que han de representarse interviene el corregidor, el vicario, un censor que nombra el vicario, otro censor nombrado por el corregidor, otro censor religioso de la Victoria, y además de estos el autor de la compañía, el galan, la dama, el gracioso; cualquiera de ellos se halla con derecho de juzgar la obra y desecharla ó admitirla, segun le parece. De aquí resulta que no hay obra de mérito que no sea despreciada, que no se tache, altere y desfigure con atajos y correcciones hechas por quien no tiene le menor inteligencia de esto, y que no cueste imponderables di-

ficultades el hacerla ejecutar en los teatros; cuando por otra parte no hay desvarío, indecencia, absurdo ni abominación que no se apruebe y se represente. Y ¿habrá quien se lastime que no hay en España hombres de mérito que se dediquen á escribir para el teatro? ¿Quién ha de escribir?

» Pero dejando á una parte las demás consideraciones, y ciñendónos solo á examinar cuáles sean las piezas que hoy se representan en Madrid, no es posible dejar de admirarse al ver que el gobierno haya mirado con indiferencia un objeto de tal entidad. Nadie ignora el poderoso influjo que tiene el teatro en las ideas y costumbres del pueblo; este no tiene otra escuela ni ejemplos mas inmediatos que seguir que los que allí ve, autorizados en cierto modo por la tolerancia de los que le gobiernan. Un mal teatro es capaz de perder las costumbres públicas; y cuando estas llegan á corromperse, es muy difícil mantener el imperio legítimo de las leyes, obligándolas á luchar continuamente con una multitud pervertida é ignorante.

» En las comedias antiguas que se representan parece que apuraron nuestros autores la fuerza de su ingenio en pintar del modo mas halagüeño todos los vicios, todos los delitos imaginables; no solo hermoseando su deformidad, sino presentándolos á los ojos del público con el nombre y apariencias de virtud. Las doncellas admiten en su casa á sus amantes, mientras el padre, el hermano ó el primo duermen; los esconden en su propio cuarto; salen de su casa y van á buscarlos á la suya para pedirle celos ó darles satisfacciones; huyen con ellos y se abandonan á los extravíos mas culpables del amor, como pudieran las mujeres mas perdidas y disolutas. La autoridad paterna se ve insultada, burlada y escarnecida.

» El honor se funda en opiniones caballerescas y absurdas, que en vano han querido sofocar y extinguir las leyes, mientras el teatro las autoriza. No es caballero el que no se ocupa de amores indecentes, rompiendo puertas, escalando ventanas, ocultándose en los rincónes, seduciendo criados; profanando, en fin, lo mas sagrado del honor, y atropellando aquellos respetos que deben contener las pasiones mas violentas de todo hombre de bien. No es caballero tampoco el que no fia su razon á su espada, el que no admite y provoca el desafío por motivos ridiculos y despreciables; el que no defiende el paso de una calle ó de una puerta á la justicia, haciendo resistencia contra ella, matando é hiriendo á cuantos le amenazan con el nombre del rey, y abriéndose el paso á la fuga, que siempre se verifica sin que estos delitos se vean castigados, como era consiguiente, sino antes bien aplaudidos con el nombre de heroicidad y valor. En otras piezas el personaje principal es un contrabandista ó un facineroso, y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio: en una palabra, cuanto puede inspirar relejacion de costumbres, ideas falsas de honor, quijotismo, osadía, desenvoltura, inobediencia á los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reúne en tales obras; y estas se representan en los teatros de Madrid, y el gobierno lo sufre con indiferencia.

» No nos detendremos en hablar de las comedias de magia, composiciones desatinadas, que mantienen al vulgo en una ignorancia estúpida, ó que, por mejor decir, le llenan de errores groseros, no menos opuestos á una sana razon que á las verdades augustas de nuestra religion santísima ni tampoco de las comedias modernas, que la falta de invencion, arte y decoro hace tan insufribles, y que tan mala idea dan de nuestra cultura á los extranjeros que llegan á verlas; hablemos solo de aquellas pequeñas composiciones llamadas *sainetes*; y sin examinar las faltas del arte, ni otros defectos esenciales, trataremos del mayor que hay en ellas y del que debe excitar con preferencia la vigilancia de la superioridad.

» Como el teatro ha caido en tal desprecio, que el vulgo mas abatido es el que le frecuenta con mas continuacion, los autores del día, no hallándose con talento suficiente para componer obras dignas del público decente é instruido, han procurado con preferencia agrandar á la canalla mas soez, y así lo han hecho. Allí se representan con admirable semejanza la vida y costumbres del populacho mas infeliz. Taberneros, castañeras, pellejeros, tripicalleros, besugueras, traperos, pillos, rateros, presidiarios y en suma las heces asquerosas de los arrabales de Madrid, estos son los personajes de tales piezas. El cigarro, el garito, el puñal, la embriaguez, la disolucion, el abandono, todos los vicios juntos, propios de aquellas gentes, se pintan con coloridos engañosos para exponerlos á vista del vulgo ignorante, que los aplaude porque se ve retratado en ellos.

» Si el teatro es la escuela de las costumbres, ¿cómo se corregirán los vicios, los errores, las ridiculeces, cuando las adula el mismo que debiera enmendarlas, cuando pinta como acciones dignas de imitacion y aplauso las que solo merecen cadena y remo? Si observamos, con harta vergüenza nuestra, en las clases mas elevadas del Estado una mezcla de costumbres indecentes, un lenguaje grosero, unas inclinaciones indignas de su calidad, unos excesos indecorosos que escandalizan frecuentemente la modestia pública, no atribuyamos otra causa á este desenfreno que la de tales representaciones. Si el pueblo bajo de Madrid conserva todavía, á pesar de su natural talento, una ignorancia, una rusticidad atrevida y feroz que le hace temible, el teatro tiene la culpa.

» A vista de tales reflexiones, ¿quién negará la necesidad urgente de corregirle para sacar de él todas las utilidades de que es capaz un establecimiento de esta especie, purificándole de los defectos que hasta ahora le han hecho conocidamente perjudicial? Arreglado y dirigido como corresponde, producirá felices efectos, no solo á la ilustracion y cultura nacional, sino tambien á la correccion de las costumbres, y por consecuencia á la estabilidad del orden civil, que mantiene los Estados en la dependencia justa de la suprema autoridad.

» Para esto no son menester medios muy extraordinarios; basta solo que S. M. nombre un director de los teatros españoles de Madrid, dándole á este todas las facultades necesarias para dirigirlos, siendo las principales de ellas las siguientes:

» 1ª El director tendrá el gobierno interior del teatro, cuidando de cuanto es conducente á la perfeccion de las representaciones; y en consecuencia, todos los ramos que deben considerarse como medios relativos á este fin, estarán sujetos á su direccion.

» 2ª El será responsable al gobierno de la bondad política y moral de las piezas que se representen; y por consiguiente, él será el único censor de ellas. Sin su firma no podrá representarse obra alguna, antigua ni moderna; y en las antiguas que admitieren correccion podrá alterar ó suprimir los pasajes que le parezcan, y solo con esta enmienda podrán ejecutarse. Cualquiera infraccion de parte de los cómicos en este punto, hecha por el director al juez de los teatros, deberá ser castigada severamente.

» 3ª Toda obra aprobada por el director será ejecutada en el teatro cuando él lo ordene y en los términos que disponga.

» 4ª Entenderá en la formacion de las compañías; arreglará el número y elegirá los sujetos de que han de componerse, procediendo de acuerdo con el juez protector.

» 5ª Elegirá y tendrá á sus órdenes los artifices que han de trabajar en las decoraciones, trajes y aparato teatral, como tambien á los demás empleados en el servicio del teatro, con facultad de deponerlos cuando faltasen á sus obligaciones.

» 6ª Igualmente dirigirá lo respectivo á la música, siendo esta una parte integrante del espectáculo.

» 7ª El director será absoluto en todo lo perteneciente á las reformas y perfeccion del teatro y á las disposiciones relativas á mejorarle; pero cuando estas alterasen la economia y los gastos, procederá de acuerdo con el juez protector.

» 8ª Exceptuados estos casos, no reconocerá el director otra autoridad superior que la de S. M. por medio del ministro de Estado.

» Tal es el único medio de restablecer á su debido esplendor los teatros españoles. Admita V. E. con la benignidad que le es natural estas reflexiones, nacidas de mi buen deseo, junto con el conocimiento que creo haber adquirido en tales materias, y reconocerá fácilmente si merecen ponerse en la consideracion de S. M.

» Nuestro Señor guarde la vida de V. E. los muchos años que deseo y necesito. Londres 20 de diciembre de 1792. — Excelentísimo señor. — B. L. M. de V. E., su mas seguro servidor, LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN. — (Con rúbrica). »

El hallazgo, el estimable regalo del Sr. Garcia Fresca, me ha dado á entender un renglon del *Diario* manuscrito de Moratin, que existe en esta Biblioteca, del cual publiqué un extracto en el tercer tomo de las *Obras póstumas* del Molière español, extracto donde reuní lo que pude entender de aquel difícil escrito, y pareció digno de publicarse. Consiste la dificultad de leerlo en que lo escribió Moratin con palabras de cinco idiomas y en abreviaturas, omitiendo cuanto él podría suponer ó suplir, á la manera de las comunicaciones telegráficas de nuestros dias. Con fecha, pues, del día 14 de diciembre de 1792, que es la del memorial al rey, hay en el *Diario* de Moratin cinco palabras que pueden escribirse y no pronunciarse por la falta de vocales en tres de ellas (*Mmrial pour Drection á Mdd.*) pero que indudablemente quieren decir *Memorial para la Direccion enviado á Madrid*; y por cierto que las preceden otras de que se debe hacer mencion. *Tuteur finitus* son las primeras que se leen despues del número 14 de aquel mes y año. *Tuteur* es palabra francesa con todas sus letras, *tutor* en castellano; *finitus* es voz latina, en la cual suprimió el buen Inarco Celenio una *i*: quieren ambas palabras decir *Tuteur finitus* (*acabado el Tutor*) y por ellas averiguamos que el día 14 de diciembre de 1792 concluyó Moratin en Londres su comedia titulada *el Tutor*, que leyó en Roma el 22 de octubre del año siguiente á su amigo el abate don Estéban Arteaga, á quien no gustó, y Moratin la inutilizó por eso; aunque es de creer que de *el Tutor* inutilizado hizo en España su mejor comedia *el Sí de las Niñas*. Andaba Moratin entonces ó poco atinado ó poco feliz: la comedia terminada en 14 de diciembre de 1792 no llegó á ser conocida sino del juez que la condenó; el memorial y el proyecto para la reforma de nuestros teatros no produjeron efecto alguno ni para ellos ni para el suplicante; y lo mismo le aconteció con un discurso acerca de la educacion que convendría dar al príncipe de Asturias, despues Fernando VII, papel escrito en Londres en octubre anterior, del cual no hemos podido adquirir mas noticia que la vaga y dudosa de que debió ir á parar á manos del canónigo don Juan Escóquiz, ayo del príncipe D. Fernando, y director despues de nuestra Biblioteca. A la verdad, señores, el estado de los teatros de

España exigia urgente reforma: un director entendido y enérgico, sin duda que hubiera podido principiarla á lo menos; pero don Leandro Fernandez de Moratin, entendido en la materia como ninguno, carecia del vigor y constancia de carácter precisos para un encargo de tan difícil desempeño: él mismo lo debió conocer mas adelante, cuando, vuelto á la patria, fué en el año 1800 nombrado individuo de una Junta para corregir el caudal de obras dramáticas del repertorio ordinario de nuestros teatros, y tuvo pronto que hacer dimision de su cometido. Pero Moratin habia visto pocos años antes los teatros de Paris, y conservaba la impresion que habian hecho en su ánimo así los actores como lo material del espectáculo, de que habia dado cuenta á su amigo don Juan Pablo Forner en carta con fecha 18 de junio de 1787.

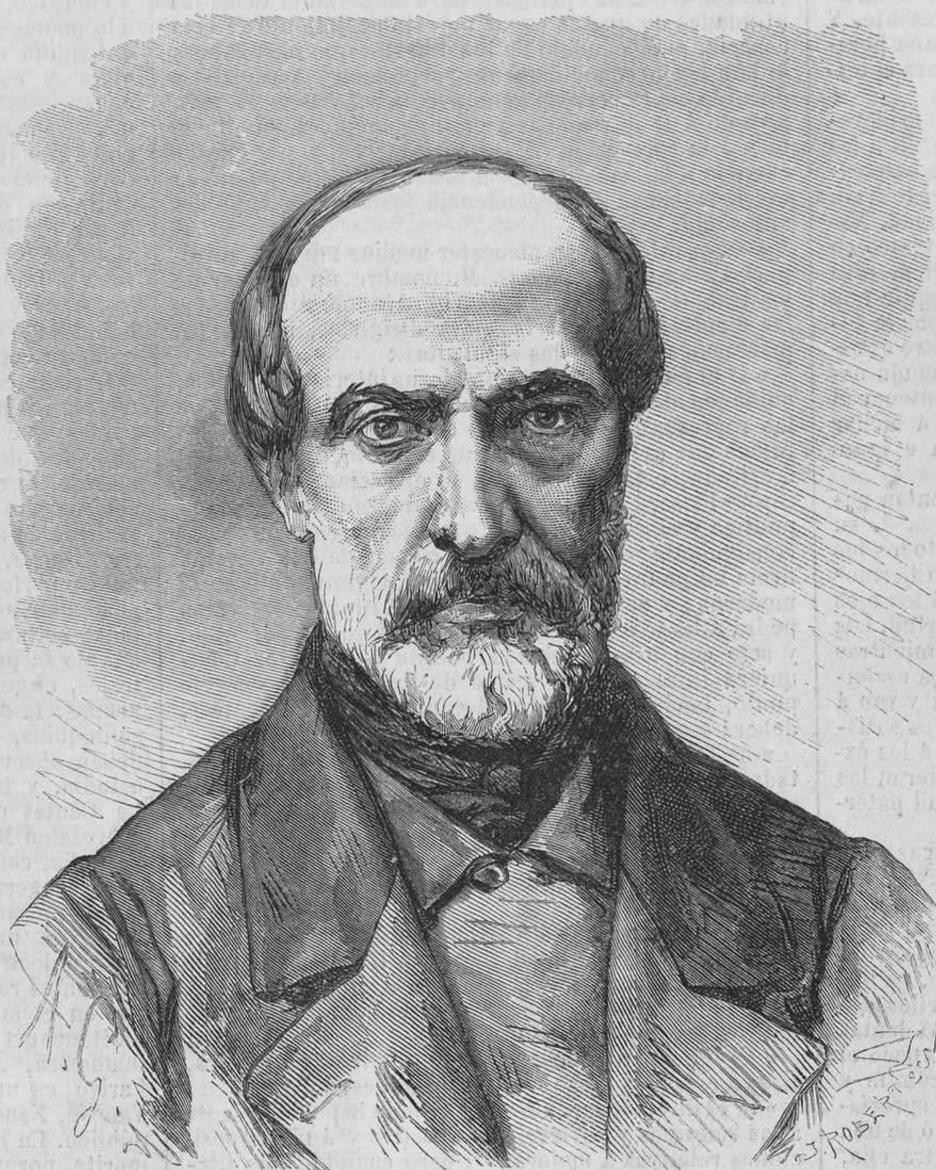
Deciale en ella: « La celebridad del teatro francés me parece justamente adquirida. No hablemos de sus poetas, que ya los conosco; pero ciñéndome á la propiedad, al decoro de la escena y al método de la declamacion, te aseguro que sorprende el mérito de estos actores. No en todos los teatros se hallan iguales motivos de admiracion; pero en el que se llama *Teatro Francés*, destinado á tragedias y comedias, si todo no es perfecto, le falta muy poco. La comedia, en particular, se representa con tal verdad, tal expresion, tanta soltura y tan delicado chiste, que me parece que no se puede hacer mas: las figuras, la edad, los trajes, el gusto, la entonacion, la total armonia, los grupos, la distancia, la interrupcion del diálogo, los soliloquios, los apartes, todas las menudencias que deben observarse en este arte difícilísimo, todo se estudia, y todo aparece como espontáneo y casual. La Contat es excelente actriz, y entre los actores sobresalen Molé, Fleury, Dugazon y Dessesarts. En la tragedia, como composicion mas ideal, la representacion, exagerada á la francesa y apoyada en convenciones meramente locales, no está exenta de las censuras de un extranjero; pero, á pesar de cuanto quiera decirse en contra de ella, nadie negará los excelentes rasgos de perfeccion que á cada paso excitan en el auditorio la admiracion y el entusiasmo. La Raucourt sobresale en los papeles de Medea, Clitemnestra, Atalia, Agripina y otros de este género. Larive es un excelente trágico, y sus compañeros Vanove, Naudet y Saint-Fal merecen la estimacion del público. En los demás teatros hay actores de mucho mérito, porque en todos hay una misma escuela: aquí la representacion es un arte; tiene principios seguros y maestros que le enseñan y le practican. »

Haciendo con esto doloroso contraste, habia escrito en el propio mes y año (7 de junio de 1787) á don Pedro Napoli Signorelli sobre la viciosa interpolacion de los entremeses entre acto y acto de la pieza principal en nuestros espectáculos, lo siguiente, que á todos los que no hemos alcanzado aquel medio de representacion debe parecernos absurdamente singularísimo: « La distribucion actual de las representaciones diarias (escribe) es la misma que Vd. ha conocido siempre, á excepcion de los entremeses, que ya se han desterrado del teatro; y, á decir verdad, nada se ha perdido en perderlos. Al concluirse la primera jornada de la comedia se canta una tonadilla; sigue la jornada segunda, y á esta un sainete; acabado el sainete, se canta otra tonadilla; y despues concluye el espectáculo con la tercera jornada. No hay para qué ponderar la distraccion, la discordancia, la falta de unidad é interés y el embrollo que resulta de esta mezcla exótica, porque fácilmente puede inferirse; pero á esos inconvenientes se añaden otros que no alcanzarán á presumir los que no lo han visto. Las compañías son poco numerosas; y por consiguiente algunos de los actores y actrices que hacen papel en la pieza principal tienen tambien que hacerlo en el sainete y aun en la tonadilla; resultando que Marco Anneo Séneca, que ha estado dando excelentes consejos á Neron en la segunda jornada de la comedia, sale despues convertido en el tabernero del Rastro; luego canta una tiranita sardesca y luego vuelve á dar consejos de clemencia al último de los Césares. El prefecto del pretorio se trasforma á pocos minutos en alguacil, y Agripina en tripicallera. A este inconveniente sigue otro de no menor entidad. Los peinados de las mujeres son disformes, y es labor que no la concluye el peluquero en hora y media: peinadas van al teatro y peinadas salen de allí, porque aquella máquina no puede hacerse y deshacerse y volverse á hacer á dos repelones; los hombres se desfiguran las cabezas tambien á fuerza de batidos, erizones, rizos, pomadas, sebo y polvos; y ni ellos, ni ellas ni los peluqueros se paran á considerar si aquel ornato conviene á la comedia ó es impertinente. Ello es que no habiendo mas tiempo para desnudarse de un traje y ponerse otro que el que puede permitir una corta sinfonia que toca la orquesta, y debiendo permanecer las cabezas *in statu quo*, porque tienen que hacer uso de ellas en la jornada siguiente, resulta que el alcalde de Polvoranca se presenta al público peinado en ala de pichon, con montera de paño, chupa parda, guirindola de feston y coturnos griegos; al sacristan de Escopete se le descubre un pedazo de toga consular, que le va arrastrando por debajo de la sotanilla, y la tia Chinche sale con su guardapiés de estameña azul, medias de trama de Persia, ricos zapatos con hebillas de piedras de Francia, mandil negro, peinado magnífico, adornado de brillantes, plumas y flores, dengue colorado, pañuelo de cotton y casaca de tisú, con sus vuelos angelicales.

» Dirá Vd. que todo esto pudiera muy bien excusarse con echar toda la comedia seguida: yo digo lo mismo; pero ¿qué le parece á Vd. que dicen los cómicos? « Que siempre se ha usado así; — como si dijéramos que lo que se ha errado hasta ahora debe seguirse errando hasta la consumacion de los siglos. Le aseguro á Vd. que el tal teatro lleva camino de no mejorarse jamás. »

El documento hallado en el archivo de Alcalá por el señor García Fresca pone de manifiesto el ahinco, el empeño vehemente, aunque infructuoso, de Moratin en procurar la reforma que nuestra escena entonces necesitaba. Vino al fin el gran reformador, el tiempo que dará fin también á otros abusos muy posteriormente introducidos en él y en otras partes, que reinan todavía.

Casi pertenecen al capítulo de adquisicion de manuscritos los que obtiene la Biblioteca por los premios que todos los años ofrece. Al certamen provocado por la correspondiente convocatoria concurren el año pasado cinco obras, una de las cuales ha sido merecidamente premiada. Es un curiosísimo ensayo sobre refranes españoles, obra del docto eclesiástico señor don José María Sbarbi. Otra obra, estimable también, relativa á la imprenta de una de nuestras provincias, ha sido devuelta á su autor con la esperanza de que, reformada en el método y aumentada con algunos datos más, podrá presentarse otro año y obtener el premio á que aspiraba. Otra, en fin, que fué presentada el año anterior, será adquirida por la Biblioteca en atencion á haber sido, aunque no merecedora del premio, declarada trabajo útil para el estudio sobre la vida y obras de los poetas líricos españoles, antiguos y modernos, excluidos los que actualmente viven. (Se concluirá.)



Mazzini.

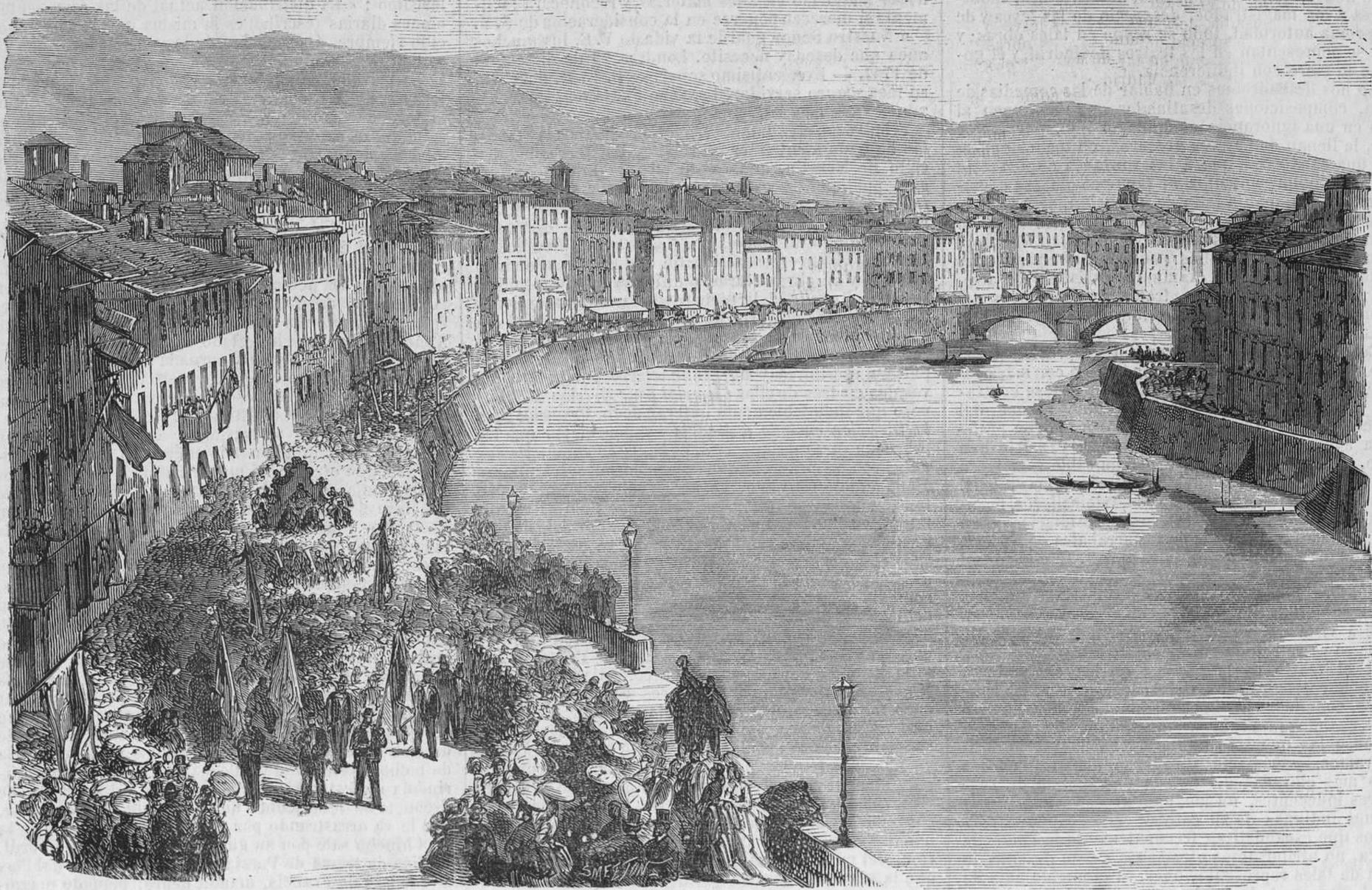
El doctor Nélaton.

El doctor Augusto Nélaton nació en París el 18 de junio de 1807. Dos años después, su padre, capitán de la guardia, sucumbió gloriosamente en el campo de batalla de Wagram, dejando su viuda y otro hijo, que ha sido un pintor de talento.

Nélaton estudió con brillo en la Universidad y luego se destinó á la carrera medical, hácia la que se sentía llamado por su vocacion. Desde el principio se distinguió, siendo uno de los jóvenes más brillantes entre aquella pléyada de cirujanos que se formaron en la escuela de Dupuytren. Doctor en 1836, se casó aquel mismo año con una mujer rica; y lo que habria sido para otros un pretexto de holganza, fué para él un estímulo para el trabajo. Libre de toda ambicion pecuniaria, quiso consagrar los ócios que debía á su fortuna á conquistarse una alta posicion social por su propio mérito. A pesar del precario estado de su salud se entregó de nuevo al estudio y pronto obtuvo la recompensa de sus desvelos con un doble nombramiento de profesor agregado y de cirujano de los hospitales.

En 1852 se abrió en la Facultad de medicina un concurso para una cátedra de clinica quirúrgica: el doctor Nélaton salió vencedor en la lucha y cuatro años después le abria sus puertas la Academia de medicina.

Los honores universitarios no vinieron solos; sino que muy luego el brillante cirujano fué solicitado por una numerosa clientela. Finalmente, Nélaton curó á Garibaldi, lo que puso el colmo á su fama, haciéndole popular.



PISA. — El entierro de Mazzini pasando á la orilla del Arno.

CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS



NÉLATON

Sabido es que el célebre general fué herido en Aspromonte con un balazo en el pié. Los médicos italianos declararon que no había quedado dentro el proyectil; pero Garibaldi padecía horriblemente y cada día se hacía más alarmante su estado general: entonces fué cuando sus amigos se decidieron á consultar á las celebridades quirúrgicas en Europa.

Con efecto, Patridge llegó de Londres y Perigof de San Petersburgo; y después de un atento examen, opinaron como los italianos, que la bala no estaba en la llaga. Ahora bien, como no había mejoría, pensaron en el recurso supremo de la amputación, á lo cual Garibaldi se opuso severamente. Resolviéronse en aquel apuro á consultar á un cirujano francés, cuando habían pasado ya cincuenta y nueve días de enfermedad. Llamado por el telégrafo, Nélaton acudió á la Spezzia; y al primer examen reconoció la presencia de la bala, mostrando á Garibaldi las partículas metálicas que el plomo había dejado en la hola de porcelana que coronaba el instrumento de exploración. Descubierta el obstáculo, era preciso vencerle: Nélaton se pronunció contra todo desmembramiento que habría enconado la herida, se limitó á dilatar gradualmente el canal de la llaga por medio de cilindros de genciana, y algunos días después, sin operación de sangre, la bala salió por sí misma: Garibaldi estaba salvado.

El doctor Nélaton se mostró en aquella ocasión tan desinteresado como hábil: no quiso aceptar nada, considerándose « dichoso y orgulloso de haber salvado la vida al ilustre general, hombre de corazón que tan á menudo la había expuesto por una noble causa, la causa de la emancipación y de la independencia. »

Desde aquel día la fama del gran cirujano no conoció límites, y como se dice maliciosamente en el mundo medical, nadie hizo mejores negocios que él en el comercio medical de exportación: compartió con Riccord la posición de árbitro sanitario cerca de las costas coronadas. El Instituto, bajo la influencia de la opinión pública, llamó á su seno al hombre de gran talento, sin duda alguna; pero que no llevaba consigo el pesado bagaje científico que se necesita ordinariamente para abrigarse bajo la cúpula del palacio Mazarino.

A fines del imperio el doctor Nélaton era gran oficial de la Legión de Honor y senador: el príncipe imperial casi le debía tanto como Garibaldi, pues todas las piernas son iguales ante la ciencia. Estamos muy lejos de protestar contra los honores tan merecidos que se han prodigado al gran cirujano; lo único que sentimos es que se haya alejado de la enseñanza á un profesor eminente cuyas lecciones habrían sido muy provechosas para la humanidad, al mismo tiempo que su práctica hospitalaria hacía beneficiar á muchos más heridos de los recursos de un arte en que su habilidad no tenía rival. Con efecto, el doctor Nélaton es un profesor de clínica extraordinario, y al igual de Velpeau llamaba á sus lecciones á un numeroso concurso de alumnos y de médicos extranjeros. La facultad no ha reemplazado aun á ninguno de los dos profesores que daban tanto brillo á la escuela de París.

DR DE LOSTALOT.

Revista de Paris.

En la última sesión que ha celebrado el Consejo municipal de París, uno de los consejeros, M. Lockroy, ha emitido una opinión muy propia para producir una impresión extraña. Discutiase en el presupuesto de la villa el capítulo relativo á las subvenciones que se conceden á las sociedades musicales conocidas con el nombre de orfeones; y M. Lockroy, usando de la palabra en contra, dijo que la música es una distracción funesta para los obreros, pues les inspira « gustos superiores á su condición, sin dar de sí otra cosa que coristas ó cantantes de cafés-conciertos. » En el extracto que tenemos á la vista de la sesión á que nos referimos, no se encuentran más pormenores sobre este parecer singularísimo ni se dice qué efecto causó en la asamblea; pero vemos, sin embargo, que se suprimieron los sueldos de que disfrutaban los directores de los orfeones de París, M. Pasdeloup y M. Bazin, que ascienden respectivamente á 7,000 francos anuales, de lo cual deducimos que no dejaron de encontrar eco las explícitas palabras del consejero municipal, tan decidido adversario de la enseñanza lírica en las clases trabajadoras.

Hasta ahora se había creído que la música era, por el contrario, un elemento de moralización, pues, cuando menos, alejaba al obrero y al hombre desocupado, que forman la clientela de las sociedades corales, de otras distracciones como las que se encuentran en los clubs, las tabernas y los cafés; pero parece ser que no es así: que, por el contrario, las escuelas de canto les pervierten. Sin embargo, no nos convencemos; necesitaríamos para ello

que M. Lockroy fundase su opinión en hechos patentes, que presentara pruebas, y entre tanto seguimos creyendo que los orfeones reclaman toda la protección de los gobiernos en todos los países, porque lo que está bien probado es que son un inmejorable instrumento de civilización y de progreso.

Otra proposición de distinta índole, aunque no menos singular que la del consejero municipal parisiense, acaba de presentar á la Sociedad de escritores el gran poeta Victor Hugo.

Según el reglamento, la Sociedad tenía que proceder al nombramiento de presidente, y muchos de los miembros que la componen fijaron su atención en el ilustre autor de tantas obras maestras.

Informado Victor Hugo del deseo de la Sociedad, se adelanta á la elección, declarando que declina semejante honra, porque, á su juicio, la presidencia es inútil, y con el comité basta y sobra.

Victor Hugo añade:

« Cada miembro del comité presidirá por turno durante un tiempo determinado, en lo cual ganará la Sociedad bajo el doble concepto material y moral, agregando un progreso democrático á su esplendor literario. »

Y seguidamente dice que, por su parte, votará la supresión de la presidencia.

La comunicación de Victor Hugo ha producido en el seno de la Sociedad una calorosa discusión, pasado el primer momento de extrañeza; y el resultado ha sido una convocatoria en sesión extraordinaria para resolver el asunto.

Naturalmente, han intervenido aquí las animosidades políticas contra Victor Hugo; pero de todos modos su proposición es tan original, y se comprenden tan poco las ventajas que señala, que seguramente será rechazada en la sesión pública, y seguirán las cosas como hasta el día.

Los teatros reclaman esta semana nuestra atención con novedades importantes.

Dos autores de talento M. de Lorbac y M. de Harnon acaban de dar en el Chatelet, un drama en cinco actos y ocho cuadros, que es la historia de un hombre que consagró su vida á la patria y murió en el destierro pobre y abatido por la desgracia.

El destierro de este patriota célebre, cuyo nombre merece figurar en el libro de oro de Venecia, fué Paris; y por consiguiente, el drama que acaba de estrenarse tiene un interés especial para esta gran ciudad que ha conocido los dolores de tan noble existencia.

El título es: *Daniel Manin*, el propio nombre del héroe, que tanto se distinguió en el movimiento revolucionario de 1848.

Sabido es lo que entonces hizo Venecia.

El pueblo sin armas, se amotinó y en breves días arrojó á los austriacos de las lagunas.

¡Qué lucha aquella! Un puñado de hombres tuvo que combatir contra el formidable imperio opresor de Italia.

Venecia acosada por el hambre, diezmada por el cólera, bombardeada sin descanso, hizo prodigios de valor, se defendió hasta la última hora.

Y el jefe de tan denodada defensa fué Daniel Manin, un abogado oscuro, de una austeridad tal, que á pesar de su pobreza se negó á recibir toda especie de remuneración cuando ejerció el poder.

Se cuenta que en la suscripción que se hizo para atender á las necesidades de la guerra, Daniel Manin, no teniendo con qué contribuir en dinero, entregó el único objeto de valor que poseía, su caja de rapé, que era de plata.

Daniel Manin vino á París cuando sucumbió Venecia y se ganó la vida dando lecciones de italiano. Hace unos quince años que murió desesperado porque había presenciado el fallecimiento de su hija que compartía en su corazón su amor á la patria.

Los autores del drama han reproducido fielmente la patética historia que acabamos de bosquejar en breves palabras, sin añadir otra cosa que un episodio de amor entre la hija de Manin, Emilia, y un oficial austriaco.

El joven militar disimula su condición para conquistar el amor de Emilia; pero en cuanto esta descubre la verdad, rechaza lejos de sí á su prometido é indigno esposo y no le devuelve el cariño sino cuando convertido por la pasión, le encuentra entre los defensores de Venecia.

Haremos un ligero análisis del drama.

En el primer acto vemos al pueblo en movimiento. Todo son murmullos, conspiraciones en que entra todo el mundo para arrojar de Venecia á los austriacos.

Los episodios precursores del levantamiento suceden unos á otros, en un cuadro pintoresco y de una animación extraordinaria.

Los venecianos más enemigos se reconcilian para luchar juntos contra el enemigo común.

Daniel Manin ha sido preso y su hija Emilia se presenta en medio de los grupos y pide al pueblo la libertad de su padre.

Con efecto, así principia el pronunciamiento de Venecia contra los austriacos, con el asalto de la cárcel, en

donde acaban de encerrar al gran patriota, que va á ser el alma de la revolución veneciana.

Rotas las cadenas de Manin, le vemos apoderándose del Arsenal á la cabeza del pueblo armado ya.

Es tribuno y dictador; pero hé aquí que mientras triunfa Venecia, la Italia sucumbe en la batalla de Novara, y el terrible vencedor acude con grandes fuerzas á poner cerco á los venecianos.

Aquí entran las escenas de guerra, en un imponente cuadro.

En primer término un bastión del fuerte de Malaghera y á lo lejos Venecia con todos sus esplendores.

Asistimos al descubrimiento de una traición que cuesta la vida á dos infames conspiradores.

Los austriacos confiados en las inteligencias que mantienen en el fuerte, se acercan en barcas creyendo que van á sorprender á la guarnición y son recibidos con un nutrido fuego que les obliga á alejarse.

Pero ¡ay! el desenlace se acerca.

Venecia no puede prolongar ya su agonía.

Manin declara que todo está perdido, desde lo alto de las escaleras del palacio Ducal; y se dispone á tomar el camino del destierro.

Sin embargo, no es este el desenlace final de la obra.

En el último acto vemos la miserable vivienda de Daniel Manin en París, y su lecho de muerte.

De repente la escena cambia, y nos encontramos en el interior de la asombrosa basílica de San Marcos dispuesta para una ceremonia fúnebre.

El féretro del desterrado acaba de entrar en Venecia de vuelta á la Italia, y el pueblo todo saluda su llegada con una aclamación inmensa.

Para ver un espectáculo con el lujo escénico con que se ha puesto el drama *Daniel Manin*, es preciso asistir á las comedias de magia. No es posible imaginar nada más grandioso.

Nuestros lectores juzgarán por uno de los cuadros que reproducimos en la página 232 que representa la reconciliación de los dos partidos que desde tiempos remotos se hacen en Venecia una guerra encarnizada: los *Niccolotti* y los *Castellani*, que van á combatir seguidamente contra los austriacos.

La interpretación es excelente. M. Lacrosonniere personifica admirablemente al gran patriota, y Mlle Lia Félix desempeña el papel de Emilia Manin con todo su talento y todas sus gracias.

Sin embargo, la nueva obra no ha obtenido todo el éxito que podía y debía esperarse. Mas aun: ha habido cierta oposición intencionada.

Pero estamos todavía en las primeras representaciones y aun no puede decirse con entera certeza cuál será el fallo definitivo del público parisiense.

Muy á menudo sucede que las impresiones de las primeras noches se cambian; y esta observación nos conduce á hablar de la nueva comedia de M. Gondinet, titulada: *Paris chez lui* (1869), últimamente estrenada en el Gimnasio.

Con efecto, al frío recibimiento que tuvo cuando salió á luz, ha sucedido una boga muy justificada.

Paris chez lui, es una pintura de las costumbres de la capital en el año 1869; pero no una pintura llena de atractivos como las que hacia el teatro de aquel triste período, sino presentada con la intención de que sirvan de escarmiento las duras lecciones que la Francia ha recibido debidas en gran parte á aquellas costumbres que preconizaba y enaltecía la moda.

¿Debemos ocuparnos de la intriga cuando se trata de una obra de esta clase?

Seguramente, la ficción dramática es lo menos interesante.

Todo se reduce á un casamiento entre el hijo de un gran duque llamado de Patern-Patern con una princesa española, enlace que no está en el interés de la Francia, y que sin embargo, se lleva á cabo.

Repetimos, pues, que somos indiferentes á esta fábula.

Lo que nos importa poner de relieve es el cuadro que traza M. Gondinet del París de 1869, cuando los extranjeros de todas las naciones caían aquí como sobre paño conquistado; cuando los reyes se sucedían unos á otros en los hoteles y los palacios, todos ansiosos de ver representar aquellas célebres piezas que se titulaban la *Duquesa de Gerolstein*, *Orfeo en los Infernos* y tantas otras. ¡Qué noches aquellas en las que la policía debía invadir los gabinetes ó los salones del Café Inglés á horas inusitadas y sacaba de las orgías demasiado bulliciosas á elevadísimos personajes!

Hay quien deplora, no obstante, aquellos felices tiempos, tan favorables para la corrupción y cuyas consecuencias deplora la Francia.

Esta tendencia combate enérgicamente el autor de *Paris chez lui*, en una verdadera comedia de costumbres de actualidad fotografiada de mano maestra.

Es imposible dar idea de la serie de cuadros interesantes que se suceden para formar el conjunto completo de panorama que ofrecía París en el año 1869.

Entre tantos detalles hay uno, sin embargo, que me

ce citarse, porque con él se da una idea cabal de la moralidad de esta comedia.

Se trata de pagar una cuenta de vestidos que asciende á 25,000 fr. para el marido y á 80,000 para el amante.

El marido descubre la partida doble y se propone desafiar al hombre generoso que satisface tales facturas; pero antes quiere pagar la verdadera nota, esto es, los 80,000 fr.

— Está pagada, le contesta el célebre confeccionador de trajes femeninos tan conocido en Francia y en el extranjero.

No es el hombre del que sospecha quien ha pagado, sino su esposa, que en presencia de la calumnia que la persigue, vende sus diamantes y renuncia al lujo y á sus pompas.

Así vuelve la paz al hogar doméstico turbado por las rivalidades de la opulencia que se daban rienda suelta en París en 1869.

La comedia de M. Gondinet está interpretada por los principales artistas de la compañía del Gimnasio, lo cual quiere decir que nada deja que desear, especialmente por parte de las actrices Massin y Pierson.

El teatro Italiano nos reserva cada semana alguna agradable sorpresa. En nuestra última revista hablábamos del bajo Bagaggiolo que en la primera noche que se dió á conocer fué saludado como un cantante de primer orden; y en esta debemos hacer particular mención de la señora Volpini. Siempre hemos creído que no miente la fama de que disfrutaban los grandes artistas, así como creemos también que el público de París se complace en consagrar esa fama sin ningún espíritu de exclusivismo.

La Volpini ha hecho un alto en París en su viaje de San Petersburgo á Madrid, y ha cantado dos noches la parte de Norina en *Don Pasquale*, alcanzando merecidamente dos brillantes triunfos. Todas cuantas dotes se requieren para personificar la bella creación de Donizetti, reúne en sí la Volpini por obra de la naturaleza y del talento: su distinción personal es incomparable; posee una voz extensa, una agilidad maravillosa, y arte consumado de quien está acostumbrada á hacerse admirar y aplaudir en los grandes teatros del mundo.

Sabido es que el buen desempeño del papel de Norina exige un conocimiento del teatro de que carecen muchas cantantes, aun de las primeras. El juego escénico de la Volpini, cuando representa la comedia convenida para engañar á su grotesco pretendiente es inimitable: á la niña tímida y sumisa que ignora lo que es la diversion mas inocente, sucede la mujer imperiosa y llena de caprichos que no escucha mas que su voluntad, que trastorna toda una casa para que todo el mundo obedezca sus órdenes. ¡Ay, del que resista! La niña tan candorosa hace diez minutos sabrá imponer su antojo á bofetones. Nada mas animado que este cuadro altamente cómico en el que la Volpini despliega todas sus facultades artísticas, realzadas con la gracia natural de su persona. La Volpini es española; y aunque, se dice que «nadie es profeta en su país» estamos bien seguros de que esta vez Madrid dejará al antiguo proverbio muy mal parado.

MARIANO URRABIETA.

Salvamento de náufragos.

I.

Si la historia se encarga de perpetuar el nombre de los guerreros que perecen en las batallas, y la humanidad cubre sus tumbas de laureles, habiendo en la tierra un resto de justicia, ¿cómo deberíamos honrar la memoria del náufrago infeliz, cuyo sacrificio no por mas ignorado es menos sublime, que paga con la vida el contingente reclamado con harta frecuencia al comercio y á la civilización por las irritadas olas del Océano? Tal es la injusticia, sin embargo; tan dominados están los hombres por el demonio de la guerra, esa culpa de las naciones, conjunto y mezcla de los siete pecados capitales condenados por la cristiana doctrina, que al uno se le tributan toda suerte de homenajes, venerando como semi-dios á aquel cuyas proezas mas víctimas hayan costado, á aquel cuya gloria flote sobre mas extensos lagos de sangre humana, mientras que se reserva para el otro el olvido y la fría indiferencia; y su delito consiste en proporcionarnos, por módico lucro pero con rudo trabajo y peligros sin cuento, todo lo que reclaman las múltiples necesidades de nuestra civilizada generación, desde las mas necesarias materias, si de ellas carecemos, hasta los exóticos productos que el refinamiento del lujo y del sibaritismo exigen.

Siglos y siglos han trascurrido, sin que las naciones en donde mas se cultivó la inteligencia, aun aquellas que mas blasonaron de cristianidad, hayan pensado siquiera en aliviar de un modo eficaz y directo la

suerte del navegante, en proporcionarle medios de salvar su vida, ó en evitar el mayor número posible de riesgos, entre los infinitos que rodean tan azarosa profesion.

Hace algun tiempo dijimos, y nos parece conveniente repetirlo ahora, que la obra piadosa del salvamento de náufragos, duro es confesarlo, no la ha comenzado la ardiente caridad del católico, sino la humana y positiva filantropía del protestante; no la han ejercido primero las católicas naciones de la raza latina, sino las herejes anglo-sajonas.

Inglaterra, la verdadera Inglaterra, es decir, no el gobierno, sino el pueblo ingles, formó su institucion nacional de salva-vidas, honra de aquel país, contribuyendo todos con generosas dádivas á la creación de una numerosa flotilla, verdadero ejército de paz y de caridad, que ha salvado de una muerte cierta á mas de 20,000 personas en los 47 años que lleva de existencia.

Holanda en primer lugar, Dinamarca y otras naciones marítimas han seguido sus pasos mas ó menos perezosamente, y España... si, también España, con algunos años de excitaciones, tiene una lancha de auxilio y un aparato de cohetes, pertenecientes ambos á la Sociedad de Amigos del País, de Valencia; no olvidemos que también posee algunos botes salva-vidas, destrozados algunos sin haberlos utilizado nunca, á cargo de los ingenieros de caminos, canales y puertos. Estos botes están perfectamente almacenados, sin duda para que perezcan de muerte natural ó que, preservados de la intemperie, puedan ser útiles dentro de quince ó veinte siglos.

Con tan eficaces elementos y tomadas tan hábiles disposiciones, podemos los españoles dormir tranquilos en este punto, y sin que la conciencia nos acuse de apatía, encomendando á los gobiernos que fijen, si quieren y de ello se acuerdan, una cantidad en el presupuesto para aquel servicio, mientras nosotros nos ocupamos de las mas útiles y productivas luchas políticas, que seguramente hacen prever dias de gloria y de bienandanza á nuestra próspera nación.

España, el país de los vice-versas, como decia un antiguo escritor público, es ciertamente el país de las antitesis; tiene buen suelo: con trabajo e industria pudiera bastarse á sí misma y florecer segun sus naturales elementos lo permiten; pero sabiendo que podría ser rica, se da por hecho, y con vociferarlo mucho se pierden en la mar sus no muy abundantes aguas, mientras que la suerte de las cosechas y la templanza de los abrasados campos se fian á las lluvias estacionales, que vienen ó no, segun lo consienten las condiciones meteorológicas, mientras se evapora y aniquila aquella poderosa fuerza motriz, que utilizada, seria capaz de mover miles de máquinas productoras del bienestar nacional. España tiene dilatadas y limpias costas, buenos puertos naturales y hombres de mar que rivalizan en arrojo y pericia con los primeros del mundo; debiera ser con tan excelentes medios nacion marítima de primer orden; así se cree y se divulga, pero es mas antimarinera de lo que se imagina: su capital está muchas leguas tierra-adentro, y es muy comun entre sus hombres de gobierno no saber distinguir un bergantin de una goleta, una polacra de un laud. Lo que ni se ve ni se entiende, por milagro lo apreciaremos en sus verdaderas proporciones; siempre llega al entendimiento exagerado en mas ó en menos: la España del año 16 deja morir de hambre en los hospitales y en las calles de los departamentos á los oficiales de marina; la España del 60 pide una suscripcion nacional para aumentar nuestra escuadra con tantas fragatas de primera clase como provincias hay en el reino; ignorancia mas que incuria en un caso, buen deseo pero nulo conocimiento del asunto en el otro.

No tenemos ciertamente nosotros la pretension de llevar las cosas por mejor camino, pero se ven tan de relieve los hechos, que es por demás sencillo deducir las consecuencias, y muy difícil contener el deseo de manifestar la verdad por amarga que sea.

El mal es antiguo, la nacion la que sufre por de pronto sus desastrosos efectos; ignoramos si algun dia se podrá exigir la responsabilidad efectiva á alguno de los culpables. Entre tanto, cada cual debe señalar lo que se le ocurra y mejor entienda; nosotros nos hemos impuesto la tarea, fácil en esta nacion generosa, de llamar la atencion del público sobre los siniestros marítimos que ocurren en nuestras costas, publicando cuanto á nuestra noticia llegue de lo puesto en ejercicio por las demás naciones para evitarlos ó remediarlos, á fin de que personas mas caracterizadas y entendidas, palpando la importancia del asunto, lo tomen por su cuenta y promuevan la creación de una Sociedad nacional de salvamento de náufragos, á imitacion de las formadas en otros países, copiando algo útil, ya que tanto supérfluo y aun pernicioso copiamos del extranjero.

Seis años há que venimos anotando escrupulosamente como nos es posible la estadística de los naufragios acaecidos en las costas de España, y en cada año hallamos mas necesario el remedio; como verán nuestros lectores, las mejores pruebas de nuestras reflexiones son los datos que presentamos, de origen oficial, como arreglados y publicados en el curioso Anuario del depósito hidrográfico.

A 61 ascienden los siniestros que hubo en todo el año pasado; de ello resultan 47 pérdidas totales de buque y cargamento, y la muerte de 28 personas, además de 6 tripulaciones enteras que desaparecieron, y

que pueden suponerse en otras 48; es decir, 76 desgracias personales.

Clasificados los barcos náufragos por sus nacionalidades, correspondieron 28 á España; 8 á Francia; 4 á Italia; 4 á Inglaterra; 6 á Alemania; 2 á Bélgica; 2 á Noruega, y 1 á cada una de las naciones de Portugal, Suecia y Estados Unidos, ignorándose á cuál pertenecian los cuatro restantes.

Por categorías ó clase de embarcaciones, eran 2 fragatas; 8 brick-barcas; 9 bergantines; 6 goletas; 1 polacra; otra de tres palos; 8 polacras-goletas; 1 bergantin-goleta; 2 balandras; 4 faluchos; 1 quechemarin; 9 laudes; 1 galeon; 1 patache; 1 diate, y una lancha, no constando cuál era la clase de los otros cinco.

Tuvieron lugar 21 naufragios á causa de la fuerza de mar y viento; por varada 10; 9 por hacer agua; 2 por incendio; 1 por choque ó abordaje; 2 por faltar las amarras; 1 arrastrado por las corrientes, y de 15 no se saben los motivos.

Recibian auxilio inmediato 23 buques náufragos; no lo obtuvieron ó no se les pudo prestar á cuatro, y se ignora esta noticia respecto á los demás.

Tocante á las localidades en cuyas cercanías sucedieron los siniestros, adoptaremos, para mejor inteligencia, la division de la costa española en seis trozos, como indica el Anuario del depósito hidrográfico, es á saber: Mediterráneo, costa oriental desde la frontera francesa al cabo de la Nao; del sudeste entre cabo de la Nao y el de Palos; litoral de las Baleares; costa Sur, desde cabo de Palos á Tarifa; Océano, costa Sur desde Tarifa hasta la embocadura del Guadiana; costa Oeste, desde el Miño al cabo Ortegal, y por último, desde el citado cabo hasta el río Bidasoa. En el primer trozo hubo 12 naufragios; 12 en el segundo; 3 en el tercero; 24 en el cuarto; 6 en el quinto; 7 en el sexto, y 3 en el sétimo.

Corresponden 16 fracasos á enero; 2 á febrero; 3 á marzo; 4 á mayo; 4 á junio; 3 á julio; 2 á agosto; 4 á setiembre; 4 á octubre; 6 á noviembre, y 13 á diciembre.

Completaremos estas noticias dando un resumen de los naufragios ocurridos en los últimos cinco años, con objeto de apreciar con mas exactitud toda la extension é importancia del asunto que nos ocupa:

AÑOS.	SINIESTROS.	PÉRDIDA TOTAL.	MUERTES.
1867.....	91	76	91
1868.....	129	87	92
1869.....	122	93	74
1870.....	81	72	80
1871.....	61	47	76
TOTALES.....	484	375	413

Estas cantidades arrojan los siguientes promedios anuales: 96,8 siniestros; de ellos han resultado 75 pérdidas totales de buque y cargamento, y tocante á las desgracias personales, la cifra sube á 82,6 en cada año.

Arido es por demás el método estadístico, pero tiene la indisputable ventaja de la concision y de la claridad; mas prueba un número que cien argumentos, y aunque el asunto lleva en sí la sublime poesia de las grandes catástrofes, el positivismo la rechaza y prefiere con verdadero espíritu comercial apuntar los resultados en el gran libro de la cuenta humana, y en su capitulo de pérdidas y ganancias.

Siguiendo, pues, este método, nos parece conveniente establecer la comparacion de las cifras que acabamos de estampar con las que arrojan los datos recogidos en los últimos catorce años acerca de los naufragios ocurridos al rededor de las islas británicas. Vienen á suceder 1,890 casos por término medio en cada año; 510 buques se pierden totalmente y las muertes ascienden á 840. A primera vista estremecen tan espantosas cifras, pero si se reflexiona que todos los años entran y salen de los puertos de la Gran Bretaña mas de 400,000 embarcaciones, que sus cargamentos montan á 70 ú 80 millones de toneladas y que el valor de tan inmensas mercancías iguala, si no excede, al de toda la enorme deuda inglesa, ya no nos asombrará este gran número de desgracias, por sensibiles que sean, porque todo es relativo en el mundo. Y para comprender mejor esta relacion, establezcamos comparaciones entre los resultados obtenidos para España y para Inglaterra teniendo presente que en nuestros puertos entran y salen cada año unos 15,000 buques solamente.

Las pérdidas totales son en España 0,5 por 100 y las personas muertas 0,35, ambas cifras segun el citado número de embarcaciones: en las costas británicas solo ascienden á 0,12 y 0,21 por 100 respectivamente. Dejamos á la consideracion de nuestros lectores la consecuencia.

II.

MEDIOS DE SALVAMENTO.

El poder de la prensa, lo que mas ha contribuido á su fabuloso desarrollo, es el repetir cien y cien veces

una idea, publicarla bajo mil diversos aspectos, y entonces, á la manera que el martillo manejado por robusto brazo consigue á impulsos de redoblados golpes amoldar el duro hierro á la forma deseada, así también el libro y el periódico ablandan y dirigen fácilmente la opinion pública, que ya justa, ya injusta ó inconsciente, es siempre la verdadera reina en las sociedades modernas. Por eso nosotros, convencidos de que la materia no es baladí, que su importancia está evidentemente demostrada con la sencilla exposicion de los hechos, insistimos en lo que una y otra vez hemos publicado, agradeciendo de antemano el que otros nos imiten y hagan cundir la idea que nos mueve á escribir estas líneas. Por eso también repetiremos, siquiera sea en resúmen aunque con aumento de da-

tos, lo que antes de ahora explicamos acerca de la institucion nacional de salva-vidas en Inglaterra, y de otras que existen en diferentes países marítimos.

La Sociedad inglesa se fundó en 1824; alcanzó pequeño aumento en los primeros años de su creacion, en los cuales eran menores los ingresos y reclamaba mayores gastos, siendo preciso crearlo todo; nada, sin embargo, descuidaba, y paulatinamente, con perseverancia y con el mas desinteresado auxilio de todo el país ha logrado edificar esta obra de paz, que hoy cuenta con 206 estaciones de salva-vidas, perfectamente acondicionados y servidos, y 265 estaciones de morteros y cohetes para enviar cuerdas á los buques y salvar así sus tripulaciones: 17 millones de reales ha costado su instalacion y conservacion hasta el año

presente, y otros 4 millones se han invertido en premios á los intrépidos y bienhechores marineros que mas se distinguieron. Los gastos de todo género, incluidas las indemnizaciones del numeroso personal, que no tiene sueldo alguno, suben á cerca de 4 millones anualmente, cantidad que ingresa en el mismo tiempo, recaudada en toda la nacion por limosnas y suscripciones: tiene la institucion un fondo de reserva de 10 millones de reales para atender á los casos extraordinarios.

Las empresas de ferro-carriles trasportan gratis los efectos de la Sociedad; las de telégrafos transmiten lo mismo los partes relativos á naufragios, y todos los banqueros del Reino Unido reciben las limosnas y remiten íntegro su importe á la oficina central.



MUSEO DE NÁPOLES. — La Taza Farnesiana, cara superior.

Pertencientes al Estado hay 150 estaciones de guarda-costas que auxilian eficazmente á los naufragos, y además existen en diferentes ciudades asociaciones filantrópicas, cuyo objeto es el mismo que el de la institucion nacional, si bien su campo de accion está reducido á determinadas localidades. No pasaremos en silencio un hecho que prueba hasta qué punto se ha extendido en Inglaterra el amor y la gratitud hacia el navegante y cuán general es el profundo conocimiento que en aquel país se tiene de sus eminentes servicios: treinta y tantos años hace que en una pequeña isla de las costas de Northumberland, vivía una jóven, llamada Gracia Darling, hija de un humilde torrero de faros; era muy pobre y tenia que ganar el sustento con su trabajo; pero en las noches tempestuosas,

que en el mar del Norte son harto frecuentes, en vez de descansar de sus cotidianas tareas, las pasaba en vela, ponía una luz en la ventana de su casita, que estaba situada en una altura, y encaminándose á la playa, miraba al mar esperando ver algun buque en peligro; si lo habia se lanzaba en un pequeño bote, sola, confiando en Dios y en su acendrada caridad, consiguiendo, con abnegacion tan sublime y casi por milagro, salvar á muchos infelices, hasta que al cabo pereció víctima de su ardiente celo; en vida, recibió medallas y premios de algunas asociaciones, y en muerte, recogido su cadáver, se depositó en un monumento construido en el mismo sitio donde tuvo su casa.

(Se concluirá.)

Museo de Nápoles.

LA TAZA FARNESIANA.

La coleccion mas rica de piedras grabadas que se conoce es la de la Biblioteca nacional de Paris, donde se admira principalmente, la famosa copa llamada de los Tolomeos.

Después de la coleccion de Paris, las mas famosas son las de Viena, San Petersburgo y Nápoles. A esta última pertenece la Taza Farnesiana, cuyo dibujo ofrecemos á nuestros lectores.

La taza está tallada en una sardonía blanca, rayada de vetas blancas. Vistos al trasluz sus colores iriscos y sus matices que pasan del purpurino al violeta, tienen alguna analogía con los vidrios pintados.

No se conoce con certeza el lugar de su origen. Unos dicen que se encontró cerca del Tiber, en la tumba del emperador Adriano, hoy castillo de Saint-Angelo; otros que la recogió en 1527, durante el sitio de Roma, uno de los soldados del condestable de Borbon, á quien la compró el papa Pablo III, Farnesio; habiendo también algunos que sostienen que perteneció á los Médicis.

Lo cierto es que la taza de sardonía pertenecía á los Farnesios cuando Felipe V, rey de España y nieto de Luis XIV se casó con Isabel, princesa de aquella

familia. Su hijo Don Carlos (el ilustre Carlos III de España), heredó el mueblaje de Farnesio, cuya posesión le aseguró en 1736 el tratado de Viena, y trasladó á Nápoles una gran parte de aquellas riquezas con las que adornó su palacio de Capo di Monte.

La Taza Farnesiana entró á figurar en aquellos ornatos.

Una biblioteca entera se podría formar con todo lo que se ha escrito y publicado sobre la taza. El verso y la prosa han celebrado la hermosura de esta obra maestra. En el poema de Bartolí se supone que el asunto representado es el regreso de Trajano de Germania. Bianchini dice que es la apoteosis de Alejandro Magno, quien dirige su vuelo hácia el Olimpo, seguido de un triton. La figura del centro es Arrideo,

hermano primogénito del Macedonio. El anciano barbudo es el Eufrates.

Maffei piensa otra cosa: el anciano barbudo es un padre de familia, y uno de sus hijos vuela al Olimpo, en tanto que el otro vive para perpetuar su raza. Quizás, añade, esta familia es la de Tolomeo-Auletes.

Mariette opina que se trata de Cleopatra, y Santolí, que tenemos delante á Rómulo y á Augusto.

Visconte abandona los asuntos históricos por la mitología.

Dice que el anciano barbudo es el Nilo, la mujer apoyada en la esfinge Isis, y el joven que está de pie, Horus.

Bernardo Quaranta admite y rechaza en parte este comentario: admite el Nilo; pero dice que el joven



MUSEO DE NÁPOLES. — La Taza Farnesiana, cara inferior.

que está de pie es Alejandro Magno apoyado en el palo de un arado, porque va á trazar el surco que marcará el recinto de Alejandria: el cuchillo es la reja, y el saco del brazo izquierdo contiene la harina que arrojará al surco.

Hé aquí ahora la explicación que nosotros proponemos:

En el centro el Egipto sentado, con el brazo izquierdo apoyado en una esfinge tendida. En la mano derecha tiene espigas. A su lado está el Nilo barbudo, sentado al pie de un árbol y teniendo el cuerno que ordinariamente caracteriza á los rios. Al otro lado dos mujeres con una copa y un rhyton, simbolo de abundancia: detrás las espigas que indican la principal producción del país. El joven que está de pie en el

centro es el labrador apoyado en el arado, y colgando de su brazo el saco del sembrador. Es imposible desconocer estos atributos. Arriba los vientos etesios, que cuando reinan al Sur producen las inundaciones del Nilo y por consiguiente hacen la feracidad del país. En el revés un *gorgonion* ó máscara de Medusa, en el centro de una égida adornada de serpientes, asunto de ornato muy conocido.

El sabio M. A. de Longperier, á quien hemos consultado, acepta esta explicación, añadiendo que podría ser que el emperador Adriano hubiese encargado la taza para su palacio. Sabido es que este príncipe cuando regresó de Egipto, demostró la mayor afición á las cosas de este país, y que su célebre palacio vino á ser una especie de museo egipcio, en el que acumu-

ló las imitaciones de infinidad de objetos artísticos de Egipto.

Una de las mas bellas colecciones particulares de piedras grabadas antiguas, es la de los duques de Malborough, colección que, con arreglo á la ley inglesa no puede enagenarse, ni con ningún pretexto puede salir de Inglaterra. En París debemos citar la colección del baron Roger, en la que todos los aficionados admiran un grande y hermoso camafeo en sardonía que representa á Octavia.

F. D.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,003.)

En el mismo momento, de una callejuela que tenía enfrente, y la cual formaba un ángulo recto, salió con precaución un hombre andrajoso de alta estatura, de formas flexibles y nerviosas, y rostro torbo, que al reparar en Darrell, iluminado de frente por un farol se detuvo de pronto en la entrada del callejón de donde acababa de salir. ¿Aquel transeunte andrajoso reconociera en Darrell un enemigo á la luz incierta del gas? ¿ó no era mas que un vulgar bandolero que dudaba en arrojar sobre la presa que acababa de encontrar?

Hostil es su mirada, hostil es su actitud. Se inclina y retrocede un paso como para tomar aliento, pero se detiene con irresolución. ¿Qué es lo que le detiene como haciéndole experimentar cierto respeto? ¿Qué es lo que aterroriza al tigre que sigue sin temor sus instintos sanguinarios cuando salta sobre el negro ó sobre el indio, pero que se detiene y vacila á la vista del blanco, del europeo de mirada dominante? Los ojos de Darrell daban de frente hácia el oscuro callejón, pero no era su expresion de temor, ni hostil; en ellos podia leerse tan solo la indiferencia. Indudablemente no reconocia á aquel hombre, y le miraba con un aire indiferente como hubiera podido mirar en pleno dia en las calles mas céntricas cualquier objeto inofensivo. Sin embargo, aquella mirada detuvo al andrajoso. Su primer movimiento habia sido el de la violencia, el segundo reprimió el primero. De pronto Darrell se volvió con viveza y echó á andar de frente en línea recta.

La sombra abandonó entonces la entrada del callejón, y siguió á Darrell con precaucion, sin ruido. ¿Cuál era su designio? Acaso criminal, porque el hombre tenia un semblante siniestro, y su exterior anunciaba una profunda miseria. De pronto salió de una hedionda callejuela sin salida entre Darrell y el que le seguia, un hombre, flaco, de cara alargada, abotonado hasta lo último, semejante á una comadreja; era un *policeman*. Este dirigió una mirada instintiva al andrajoso, volviendo despues sus ojos hácia el gentleman solitario y sin defensa que marchaba delante, y despues marchó á su vez entre los dos.

El de los andrajos sofocó un juramento de impaciencia. O alimentaba algun criminal designio contra Darrell, ó queria dirigirse alguna súplica ó pensaba entablar una conversacion sobre algun delicado asunto para lo cual el *policeman* le servia de estorbo. Verdad es que podia asir con sus nervudas manos á aquel escuálido funcionario y partirlo en dos como una vara de sauce; pero aquel individuo era personificacion de la ley y podia pasearse en medio de una legion de andrajosos como un huron puede deslizarse dentro de un granero lleno de ratas.

Aquel bribon comprendió que se habia hecho sospechoso. Desconocido aun de la policia de Lóndres no le conviene llamar su atencion; por lo cual atraviesa una calle, echa á andar en sentido contrario, y sigue á Darrell á mas distancia. Acaso se aleje el *policeman* antes de que aquel haya llegado á calles mas seguras de la capital. Pero no; aquel maldito, encarnacion de la ley, que parece tener ojos en la espalda, continúa paseando lentamente muy cerca de Darrell que no se apercebe de nada. Ya han dejado atrás los desfiladeros mas solitarios. Pasan por Leicester-Square, Haymarket, Pall-Mall, Carlton-Gardens. Darrell está en su puerta... El *policeman* se vuelve bruscamente. El andrajoso se ha detenido cerca del club de los sabios. El *policeman* se dirige hácia él con paso rápido, pero el hombre de los andrajos corre mas rápidamente y huye como un pensamiento culpable.

Vuelve á introducirse en el laberinto de travesías y callejuelas hasta llegar á la entrada de aquel callejón oscuro, donde vuelve á detenerse. Ha llegado aquella misma noche á Lóndres despues de una ausencia de mas de cuatro años. Ha caminado á pié desde la costa; mirad qué usados, qué llenos de agujeros están sus zapatos. Aun no ha encontrado donde pasar la noche.

Se dirige á un barrio lleno de aventureros nacionales y extranjeros; allí encontrará un asilo sucio, pero seguro, en las inmediaciones del callejón en cuya entrada se encuentra en este momento. Mira en torno suyo y se considera fuera de peligro, porque el *policeman* ha perdido su huella.

Entonces sale furtivamente de su escondite y se coloca bajo el mismo reverbero que Darrell. A la luz del gas y de las estrellas, de un bolsillo oculto no sé en qué parte de sus harapos, saca una gran cartera. Aquella cartera, manchada y estropeada, es la última reliquia de un tiempo de elegancia; otras veces era de una hermosa piel, de un gran trabajo, digna por su elegancia de encerrar billetes de cambio, cartas de amor, memoranda de deudas de honor ó de compromisos para partidas de placer.

¿Cuál es en la actualidad el destino de esa cartera de tan enorme precio en otro tiempo? ¿Qué cosas tan poco agradables contiene! Antiguas papeletas de monedas de piedad extranjeros, prendas que nunca se sacarán, garrapatos á guisa de geroglíficos para uso de los ladrones, trazados por manos infames; innobles utensilios que ocupan el lugar del cortaplumas de malaquita, del limpia dientes de oro, del lapicero adornado con pedreria, colocados en otro tiempo con tanta delicadeza en su estuche de satin; una lima, una barrena, dados falsos.

Mezclados con estos objetos repugnantes de reciente origen, testimonio de la degradacion de una existencia anterior mas brillante, se ven rizos dados por mujeres, cartas de amor conservadas maquinalmente, no por un sentimiento de ternura, sino tal vez con la vaga esperanza de que podrian ser útiles un dia si las mujeres de donde proceden aquellos rizos ó que han escrito aquellas cartas se elevaran á otra esfera social é intentasen comprar aquellos testimonios de vergüenza. El bribon introdujo la mano en aquella cartera llena de tantos documentos preciosos, y sacó algunas cartas de fecha atrasada, modelos de caligrafia, que parecian escritas por un dependiente de una oficina de comercio; estaban atadas con un sucio cordón, formando un legajo, encima del cual se leia en un tarjetón, con una letra distinta y mas reciente, lo que sigue: « Samuel Adolfo Poole, Esq., Alhambra Villa, Regent's Park. »

— Mañana no, mi querido Adolfo, mañana no, dijo entre dientes el hombre de los harapos, esta noche. Pero ¿dónde están las otras señas? ¡Ah! esto es.

Y sacó de entre aquellos extraños geroglíficos uno que parecia proceder mas particularmente de un ladrón.

Ahora, mientras saca aquel papel para leerlo á la luz del gas, examinémosle bien. ¿No le conocéis? ¿Es posible? ¡Qué! ¡es aquel brillante petardista! ¡aquel bandido tan refinado! ¡Jasper Losely! Ya le hemos visto una vez en los campos de Fawley; con los codos de fuera, los vestidos raídos y desgarrados. Pero aquella era la decadencia de un vano y presumido derrochador; ahora, por el contrario, es la de un disipador groseramente vestido: sus andrajos no son de paño fino, sus agujereados zapatos no son brodequines.

El hombre ha descendido en la clase de los bribones á un grado muy inferior á aquel en que el ladrón afecta cierta política y elegancia. Su fisonomía, aunque ha perdido mucho de su belleza primitiva, es todavia indisputablemente bella; pero la corrupcion ha hecho ya desaparecer aquel esplendor que esparcía en otro tiempo la salud sobre su semblante; los excesos de todo género han producido al fin sus tristes estragos, visibles sobre aquel rostro. Sus ojos, brillantes en otro tiempo, están ahora empañados. Los colores de sus mejillas, firmes y vivos otras veces, á los cuales la fogosa embriaguez que excitaba su sangre habia dado únicamente tonos mas fuertes, tienen ahora una tinta sombría de plomo, mezclada acá y acullá de manchas de un rojo ardiente, semejante á esas llamaradas del fuego que hace un esfuerzo por salir entre torbellinos de humo. Su perfil, delicado otras veces como el de Apolo, no presenta ya mas que un contorno confuso por la hinchazon de aquel rostro; dentro de algunos años aquel perfil será tan grueso como el de Sileno.

En sus narices se advierten esas manchas rojas que hacen traicion á la accion corrosiva del alcohol sobre el hígado. Las malas pasiones han hecho deformes el contorno de aquellos labios tan bellos en otro tiempo, cuyo arco recordaba el de Apolo. La expresion oblicua, sombría, maligna de sus ojos que en otro tiempo era solo accidental, ha llegado á hacerse habitual en él y ha tomado un carácter mas pronunciado. Es la mirada del bisonte que se dispone á embestir.

Y sin embargo, en aquella fisonomía se notan aun las huellas de los favores que le ha prodigado en otro tiempo la naturaleza. Jasper es hoy menos activo, menos flexible, menos capaz de soportar las fatigas; pero si cae sobre su enemigo, su peso debe bastar para aplastarlo. ACUÉRDATE DE TU GABRIELA. Todavía se leen esas palabras de mal agüero sobre la seda de esa cartera, prenda de amor de aquel demonio. La accion del tiempo no las ha borrado, aunque los hilos de oro estén sucios ó desgarrados. Jasper ha leído ya á la luz del gas las señas escritas sobre el papel que ha sacado.

Despues de haberse asegurado bien de que se encuentra en el barrio que buscaba, vuelve á guardar el papel en la voluminosa cartera, y se dirige con aspecto sombrío hácia el callejón de donde ha salido hace poco el *policeman* que le ha estorbado en su persecucion.

— ¡Qué ignominioso es esto! dijo Losely apretando los dientes. ¡Tener que buscar alojamiento en estos tabucos miserables, mientras el hombre que debería darme lo suficiente para vivir, está en la opulencia y vive en un palacio! Pero yo le obligaré á que afloje el bolsillo. Sofia debe caer en mis manos. Ya la cubriré de andrajos como los míos, y la haré que vaya á sentarse á la puerta de ese hombre para cubrirle de vergüenza. ¿Pero de qué medios me valdré para descubrir las huellas de la niña? ¿Podré emplear otros medios? ¿Podré enviarle á Poole? ¿Qué trastornada tengo la cabeza!... Necesito comer... necesito dormir... ¿Es aquí? Si.

Y murmurando estas palabras pasó el arco del callejón y desapareció entre las tinieblas. Al cabo de al-

gunos minutos de marcha se encontró en un espacio cuadrado y descubierto, sin mas luz que la de las estrellas.

Una casa mayor que las que la rodeaban y que tenía un aspecto mas miserable, se elevaba un poco detrás y ocupaba casi todo uno de los lados del cuadrado. Era una casa vieja y ruinosa. En la puerta habia otro hombre introduciendo la llave en la cerradura. Al sentir que Losely se aproximaba, aquel hombre se volvió con presteza, mitad por miedo y mitad por amenaza. Era un hombrecillo sumamente delgado que tenía el aspecto de un pilluelo, y cuyas facciones de una movilidad extremada parecian querer huir de su rostro. Parecia que no tenía mas que piel y huesos. Era una especie de diablillo y no debería admirarse el lector si le dijeran que era capaz de meterse por el agujero de una cerradura. Lo que le daba aun mas el aspecto de una sombra y de un objeto impalpable era su vestido ligero, fino y negro, que no era de paño sino de una clase de tela por el estilo de la alpaca. Aquel vestido no estaba desgarrado, ni tampoco usado ni raído, al menos por lo que se podia distinguir á la luz de las estrellas. Sin embargo, bastaba una ojeada para comprender que era un individuo de la misma familia de la noche que el hombre de los harapos. Los dos bandidos se miraron uno á otro.

— ¡Cutts! dijo Losely, con su antiguo tono cómico, muchacho, aquí estoy.

— ¿Cómo? ¿sois vos, general Jas? respondió Cutts, con un acento en el cual se advertia un sentimiento de temor y de respeto, dirigiéndole en seguida precipitadamente, en un lenguaje misterioso una serie de preguntas que pueden traducirse y abreviarse de este modo: ¿Hace mucho que habeis llegado á Inglaterra? ¿Cómo estais? Parece que vuestros asuntos no marchan bien? ¿Venis aquí para ocultaros? ¿Qué es lo que os pasa?

Jasper respondió en el mismo lenguaje, aunque no lo poseia con tanta maestria, y con aquella ligereza natural que en cualquier tiempo y circunstancia daba á veces á su manera de expresarse cierta indiferencia burlona ó loca, y algo de original y de satánico á su expresion.

— Tres meses de la mas mala suerte que puede tener hombre... una reyerta con los *gens d'armes*, es una historia larga, tres de los nuestros presos, me temo que para ellos sea cuestion de galeras. Aquellos ranas franceses pudieron atraparme; pero yo escabeché á uno ó dos de ellos, abandoné el campo, atravesé el país, gané la costa, encontré un honrado contrabandista, y desembarqué en Sussex, con algunos barriles de aguardiente. Me acordé de vos; habia conservado las señas que me disteis, y vengo por condescendencia á ocultarme en esta madriguera de ratas por una noche ó dos. Abrid, despachad pronto á alguien que pueda darme de comer, tengo tanta hambre, que ya os hubiera comido á vos si cubriera alguna carne vuestros huesos.

El hombrecillo abrió la puerta y entró en un pasillo negro como el Erebo.

— Dadme vuestra mano, general.

Jasper se dejó conducir por en medio de la oscuridad; al cabo de algunos pasos, su guia dió vuelta á un mechero de gas, y el sitio donde se encontraban se iluminó de repente. A un lado habia una sucia y angosta escalera, enfrente una especie de pasillo en el cual una puerta abierta dejaba ver una larga sala, enarenada como en los establecimientos públicos, y en aquella sala, mesas y bancos. Las paredes estaban blanqueadas con cal y adornadas con una multitud de ingeniosos dibujos trazados con carbon y con las pipas de barro ennegrecidas. En aquella habitacion se notaba un fuerte olor á tabaco, ginebra y ron. Otro mechero de gas, suspendido en medio del techo, arrojó luz cuando Cutts tocó la llave.

— Aguardad aquí, dijo el guia. Voy á buscar algo para que cenéis.

— No olvideis el aguardiente.

— Perded cuidado.

El bravo se tendió á lo largo sobre una de las mesas, y cerrando los ojos, exhaló algunos quejidos. Aquel hombre tan fuerte conocia al fin los dolores físicos, cuyos gérmenes habia sembrado tanto tiempo antes en las orgias y en las reyertas que no creyó peligrosas para su salud; pero cuando Cutts entró con viandas groseras y la botella de aguardiente, Jasper reprimió sus dolores como una fiera herida que aun tiene fuerzas para devorar. Se arrojó vorazmente sobre la cena, que hizo desaparecer en un abrir y cerrar de ojos; se echó de un trago la mitad de la botella, y sintió reanimarse sus fuerzas.

— ¿Pensais asociaros á los bravos que tienen aquí su club, general? preguntó Cutts. Es un oficio que cada dia se pone peor. ¿O pensais en alguna empresa mas elevada?

— Sí... Esta misma noche he observado á un pájaro, á quien quiero dar caza; pero el negocio puede ser difícil é incierto. Entre tanto en esta cartera tengo un banco, del cual puedo sacar dinero.

— ¿Cómo? Billetes de banco franceses falsos... Eso es peligroso.

— ¡Nada de eso! Otra cosa mucho mejor. Son cartas que contienen las pruebas de un robo cometido por un hombre rico y respetable.

— ¡Ah! esperais hacerle soltar dinero por el secreto.

— Precisamente. Tengo buenos amigos en Lóndres.

— Entre los cuales supongo que contareis aquella

señora cariñosa, aquella madre adoptiva á quien tanto tenéis que agradecer.

— ¡Mil truenos! No me habéis de ella. No soy supersticioso, pero temo á esa mujer como si fuera una hechicera, y creo que lo es en realidad. Vos os acordáis del negro Juan, á quien llamábamos *Sans culotte*. Por una pieza de cinco francos hubiera llenado un cementerio con su propia prole, pero no hubiera atravesado solo de noche por medio de un cementerio. ¡No! si ella estuviera en Londres no iría á su casa á decirle: « Dadme de comer, un asilo, dinero; » mejor quisiera ir á pedir una sogá á Jack Ketch (1).

— ¿Cómo explicáis eso, general? Ella no os pega, ella no es vuestra mujer. Yo he conocido mas de un fornido camarada, que afrontaría el fuego sin vacilar, temblar ante la cólera de su mujer.

— Cutts, esa mujer no me riñe, me predica. Quiere hacerme imbécil. Cutts, ella me habla de mis días juveniles; Cutts, quiere corromperme y hacer de mí lo que se llama un hombre honrado; Cutts, ella me aconseja, me mata, me intimida hasta el punto de privarme de todas mis facultades, Cutts; y yo creo que á esa bruja se le ha metido en la cabeza llegar á apoderarse de mí, en cuerpo y alma, y casarse conmigo algun día, á despecho mio, Cutts; pero si algun día llegara á verme á punto de caer en sus horribles garras, dadme arsénico, Cutts, ó rompédme la cabeza.

El hombrecillo se rió con una risita seca pensando en la extraña pusilanidad de aquel valenton de formas hercúleas; pero Jasper no hizo eco á su risa.

— Callad, dijo timidamente y proporcionadme una cama si podeis; hace una semana que no duermo.

Cutts encendió una vela en la luz de gas y guió á Losely al piso superior, á su propio dormitorio, que no estaba tan escaso de ciertas comodidades como podría suponerse. Cedió su lecho al vagabundo que se echó vestido con sus andrajos. Pero el sueño no estaba mas á sus órdenes que á las de un rey.

— ¿Por qué me habeis hablado de esa bruja? dijo con cierto pavor á Cutts que se arreglaba una cama en el suelo. Me parece que la siento sobre mi pecho semejante á una pesadilla.

Y se volvió con una violencia que conmovió las paredes envolviéndose en la colcha y tapándose la cabeza. Por extraño que esto pueda parecer al que no conozca el corazón humano, Jasper miraba como su genio malo, como su demonio perseguidor, á la mujer que hacia ya mucho tiempo solo vivía con un objeto, el de librarle del cadalso. Desde el momento en que él comprendió que ella procuraba con obstinacion convertirle, concibió por ella un terror profundo. Largos años hacia que habia roto con ella toda especie de relaciones. Habia huido de ella, habia vuelto á adquirir sus costumbres de libertinaje, se habia ocultado de ella... Inútil trabajo, ella le seguía por todas partes. Podía perder sus huellas la policia, aquella mujer, jamás. Muchas veces le habia obligado el hambre á aceptar sus socorros, pero en cuanto los recibía, volvía á ocultarse de ella, y se hundía mas y mas en el cieno como la tenca perseguida por el sollo. La asociaba en su pensamiento á todas las desgracias que le sucedían.

Muchas veces vió deshacerse de la manera mas misteriosa alguna combinacion criminal, con la cual contaba para hacer fortuna; despues, en el momento de deshacerse aquella combinacion, cuando no le quedaba otra alternativa que la de cortarse el cuello á sí mismo ó cortársele á otro, se le aparecía Arabela Crane con su vestido gris de hierro y sus cabellos del mismo gris, ofreciéndole sus odiosos beneficios; le ofrecía de comer, un asilo, dinero y lo que era para él irritante hasta el extremo, un trabajo honroso. Siempre que se encontraba en un riesgo inminente por la vigilancia de la policia ó la traicion de un cómplice, ella le advertía y le salvaba.

Ella tambien le habia librado de la cruel Gabriela Desmarets, la cual, por sustraerse de la sentencia que la habia condenado á trabajos forzados despues de un largo proceso en el cual habia sido defendida con admirable habilidad, y para captarse las románticas simpatías de la jóven Francia, habia huido al otro mundo por medio de un sutil veneno que habia conseguido ocultar sobre su distinguida persona, preparado mucho tiempo antes y cuyos efectos habrian experimentado antes acaso sus manos inocentes en otras personas. ¡Aquel monstruo ha muerto al fin! ¡Acuérdate de tu Gabriela! ¡Oh Jasper Losely!

¿Pero por qué continuaba así Arabela Crane velando por el hombre á quien ya no amaba? ¿Cómo habia adquirido aquel don de ubicuidad y aquel poder para salvarle? Esto es lo que Jasper Losely no podia comprender. Para él habia en aquello algo de sobrenatural y como de brujería. Con mucha sinceridad hablaban cuando decia que le intimidaba. Muchas veces estando lejos de ella habia formado el proyecto de manifestarla su reconocimiento estrangulándola; pero en cuanto se veía enfrente de aquel rostro severo y huraño, de aquellos ojos penetrantes y sombríos, así que oía aquella voz, lenta y seca en frases semejantes á esta:

« Venis á buscarme en vuestros apuros. Siempre tendreis que hacer lo mismo. ¿No soy yo siempre para vos una madre, que á la ternura maternal reúne la fidelidad de una esposa? Así será siempre hasta que la muerte nos separe. Hé aquí vuestro retrato; hé

aquí lo que érais en otro tiempo, Jasper. Ahora miraos en ese espejo... Ved lo que sois hoy. Pensad en el fin de Gabriela Desmarets. ¿Qué hubiera sido de vos sin mí desde aquel tiempo? Pero yo os salvaré; lo he jurado. Vos llegaréis á ser al cabo dócil como la cera entre mis manos. » Cuando el bandido la oía con tanta insistencia expresar su derecho de salvarle, sentía por todas sus venas un estremecimiento de terror. Jasper no podia menos de creer que la vida de aquella terrible protectora era de un modo ó de otro esencial á la suya, y que si ella llegaba á morir, tambien él perecería, en castigo de sus crímenes, de una manera horrible y sobrenatural.

Hacia algunos meses solamente que habia conseguido al fin librarse de ella; pero se habia hundido tan profundamente en el cieno, que Arabela no podía ya deshacerse de él. De ahí procedían acaso la inmensidad de peligros á los cuales habia huido con tanto trabajo, y la carencia absoluta de todo en que se encontraba. Pero aquel hombre, á pesar de su degradacion y de su desnudez, habia nacido libre y amaba la libertad tanto como detestaba aquel espionaje lleno de compasion y de benevolencia, aunque de mirada implacable y mano despótica.

¡Ay! ¡ay! ¿No creéis que esa perversidad es contra natural en ese desventurado, obstinado en destruirse á sí mismo? ¿Cuántos hombres que tienen para advertirlos, para ayudarlos, para salvarlos, no una Arabela Crane de facciones duras y sombrías, sino á la misma Providencia, á la divina Providencia tan paciente, tan dulce, la Providencia que todo lo sabe, la rechazan, huyen de ella, la maldicen como si fuera su genio malo! ¡Cuántos hombres hay que no temen nada tanto como ser convertidos á pesar suyo! ¡Cuántos hay! ¿Quién podrá contarlos?

VI.

« Guy Darrell, Esq., se ha instalado en su casa de Carlton Gardens por la temporada. »

Tal era la sencilla insercion que se notaba en la pomposa lista de llegada de personas fashionables. La sensacion que indisputablemente producía aquel nombre era debida en gran parte á las ambiguas palabras que el coronel Morley habia diseminado en la fecunda atmósfera de los clubs. « Ha llegado á Londres á pasar la temporada, él, ese orador tan famoso en otra época y tan olvidado tanto tiempo há, por haber vivido fuera del mundo de Londres mas de la mitad de una generacion. Pero, ¿por qué ahora? ¿Por qué por temporada? » Y el coronel respondía: « Como hombre político está aun en el vigor de la edad, y se prepara una crisis. »

Pero lo que llegó á dar mas peso á las insinuaciones de Alban Morley fué la relacion que apareció en los periódicos de la visita de Guy Darrell á sus antiguos electores, y el breve discurso que les habia dirigido, discurso de que solo habló ligeramente en su conversacion con Alban. Aquel discurso fué corto, es cierto; no tocaba mas que de paso las cuestiones políticas del día, y en cuanto á las luchas y los triunfos de otro tiempo, solo hacia á ellas una muy modesta alusion; pero en algunas palabras que Guy Darrell habia pronunciado parecia oírse la vibracion del antiguo clarín, el sonido de la bocina del antiguo paladin despertando los ecos de Fontarabia.

Es admirable lo caprichosos y repentinos que son los cambios de opinion sobre el valor de un hombre público. Todo depende de la necesidad que el público tiene ó cree tener de él. En aquel momento el público tenia necesidad de un hombre y desde el instante en que uno dijo: « ¿Por qué no, Guy Darrell? » Se apoderaron de Guy Darrell como de un hombre necesario. Era uno de aquellos periodos de la historia parlamentaria en que el público está descontento de todos los partidos, en que los jefes reconocidos han sabido desconceptuarse, en que un ministerio vacila en su base sin que el público quiera derribarlo ni sostenerlo; uno de esos periodos en que el país parece en peligro, en que los hombres de negocios no parecen á la altura de las circunstancias, y en que por consecuencia el primer nombre que llega con alguna reputacion de vigor, de elocuencia, de genio, es mas solicitado de lo que podría serlo en tiempos normales.

Sin ningun esfuerzo de parte suya, por la sola fuerza de la corriente de la opinion, Guy Darrell fué sacado del olvido y llegó á ser el objeto de la atencion general. El no podia seguramente formar por sí solo un gabinete; pero podia ayudar á formar uno, armonizar elementos enemigos, resolver reñidas cuestiones, tomar en semejante gobierno un puesto elevado, influir en sus deliberaciones y deleitar á un público fatigado del arte oratorio del día, con la elocuencia de la generacion anterior.

La casa de Carlton Gardens está ya convenientemente preparada. A ella acuden los Viponts, pero no van solos: les siguen todos los jefes de todos los partidos, despues todas las notabilidades de nuestra gran metrópoli. Guy Darrell no podia quedar deslumbrado por su posición; conocía bastante la vida pública para saber que el favor popular está en gran parte á merced de la casualidad. Si hubiera vuelto á Londres el año anterior hubiera continuado en la oscuridad, porque entonces no hacia falta un hombre como Guy Darrell. Su actitud, aunque no alimentara ningun de-

signio, confirmaba y aumentaba el efecto producido por su reaparicion.

Amable, pero modesto y reservado, hablaba poco y escuchaba admirablemente. La mayor parte de las cuestiones que se agitaban en torno suyo habian adquirido mayor importancia desde que él se habia retirado, y en su retiro no habia podido seguir el desarrollo progresivo ni estudiar los cambios que se habian operado en los hombres y en los partidos; pero cuando uno ha tomado parte activa en la política practica, puede dormirse veinte años en el antro de Trifon, sin tener nada que aprender al despertar.

Sin embargo, Darrell, sin manifestar repugnancia á entrar en la vida pública, pareciendo por el contrario interesarse en ella como en otras ocasiones, supo con una habilidad admirable eludir por el momento todas las proposiciones que le presentaron y hasta convencer á sus admiradores no solamente de su sabiduria sino tambien del patriotismo de su negativa. De este modo logró ejercer una gran influencia: se solicitaba su opinion, se escuchaban sus consejos; tenia para apaciguar las rivalidades y los celos, mas autoridad que si hubiera pertenecido á una de ambas cámaras, y que si se hubiera colocado exclusivamente en las filas de un partido y sobre todo de una fraccion de partido.

Sin embargo, las cosas no podían permanecer así por mucho tiempo, era preciso que de un modo ó de otro se decidiera antes de la próxima reunion de las cámaras. Una vez se le vió en la arena de sus antiguos triunfos, sobre los bancos señalados á los extranjeros de distincion por el presidente. Reconocido por los miembros mas antiguos, objeto de ardiente curiosidad de los mas jóvenes, estuvo escuchando durante una larga noche de discusion voces que debían sacar para él del olvido de la tumba queridos y gloriosos recuerdos, voces de aquellos veteranos con los cuales habia luchado por el triunfo de alguna causa que en la exageracion necesaria de todo entusiasmo honroso identificaba con el alma de la nacion; voces de algunos de sus antiguos adversarios cuyos argumentos habia pulverizado en medio de los entusiastas aplausos que al día siguiente resonaban por toda Inglaterra.

El orador con quien mas luchaba en otro tiempo, habla en este momento. Parece embarazado; sus argumentos son confusos. ¿Sabe que él le escucha allá abajo? Los antiguos miembros lo creen así, se sonríen, se hablan en baja voz y arrojan una mirada significativa hácia el sitio donde está sentado Darrell.

Su actitud es digna: tranquilo, respetuoso, atento, no parece apercebirse de la sensacion que produce; tal vez no tiene conciencia del efecto que causa. ¿Qué mirada para un orador! Su mirada es semejante á la de un retrato, parece fijarla en los ojos que la buscan, es firme, fascinadora.

Los miembros sentados allá abajo detrás del sillón del presidente, á la mayor distancia sienten penetrar hasta ellos la luz que arroja aquella mirada. ¿Cuán elevada y poderosa parece en medio de todas esas cabezas que la rodean, esa frente ligeramente inclinada, sobre esas arqueadas y espesas cejas! ¿Pero qué pasa en el secreto de su imaginacion? ¿Siente tristeza al recordar su pasado? ¿Está impaciente por volver á esa arena? ¿El interés que toma por el debate del momento es fingido ó real? Imposible es que lo adivine el que contemple aquel semblante.

Esa mirada hubiera penetrado hasta lo mas profundo de vuestro corazón antes de que hubiérais podido adivinar los pensamientos que se agitaban bajo aquella frente de mármol, y las emociones que hacían palpar aquel corazón sobre el cual á la antigua moda senatorial tenia sus brazos cruzados con tanta dignidad.

VII.

Darrell habia recibido á Lionel con un embarazo visible al cual reemplazó en breve una afectuosa ternura.

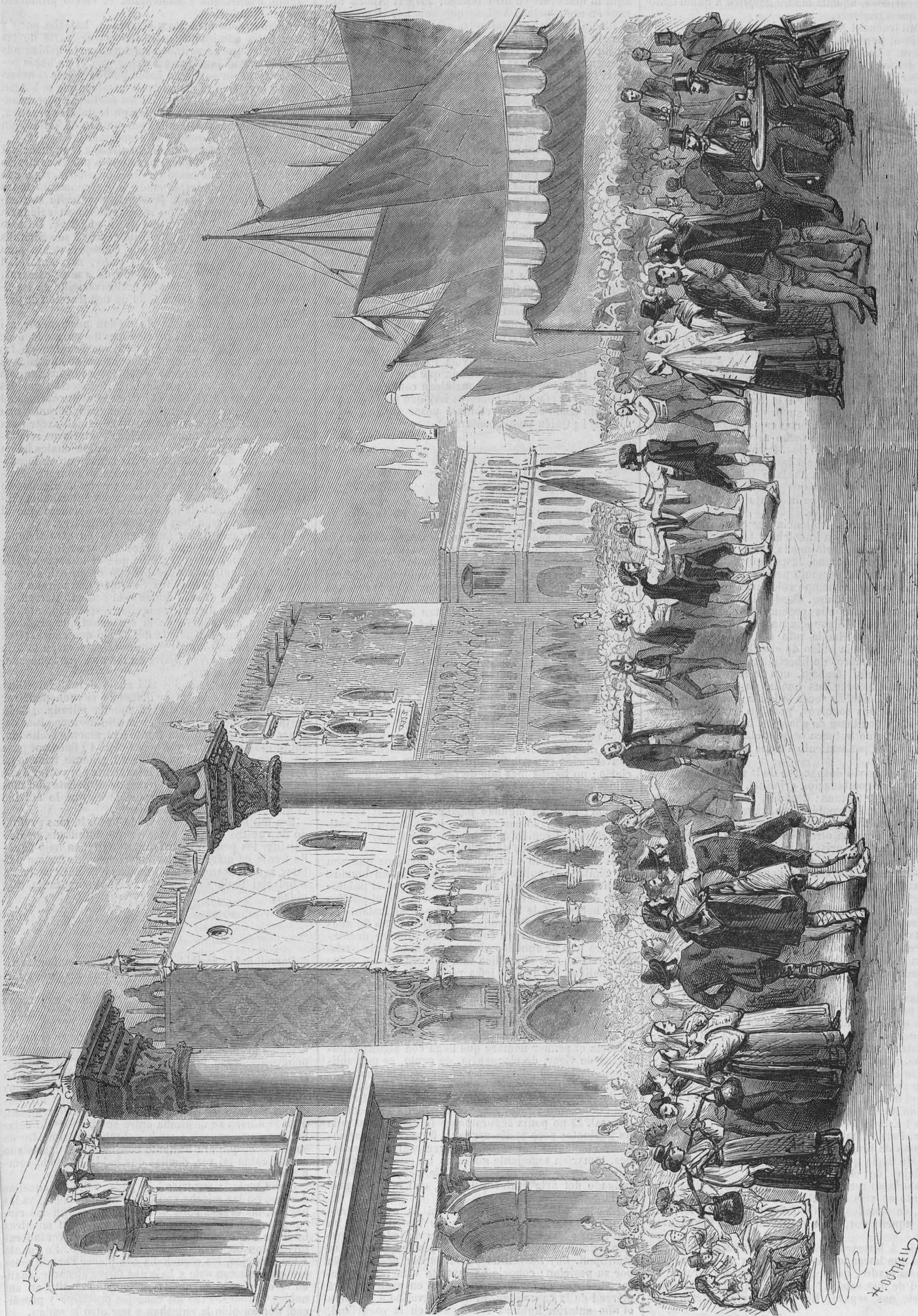
Se aficionó al jóven cuya suerte habia mejorado; comprendiendo que el jóven parecia haber ganado tambien en sus cualidades personales.

Lionel es cierto que tenia defectos; pero eran los defectos propios de la edad, entre los cuales los mas peligrosos acaso eran, en primer lugar, una indiferencia extremada por los asuntos pecuniarios, y en segundo lugar, cierta repugnancia hácia los consejos dictados, sobre todo, por la prudencia. Sus inclinaciones no eran las de un hombre pródigo en realidad, pero el dinero se deslizaba entre sus manos sin dejar huellas de su paso, y cuando cobraba un trimestre de su pension, que era bastante considerable, demasiado considerable tal vez, deudas que habia olvidado completamente surgían de pronto para reclamarlo.

Como tenia la seguridad de poder salir de aquellas deudas, no las miraba con el horror que debía, ya las pagase, las dejase para otra ocasion, segun las circunstancias. La juventud está muy expuesta mientras no llega á comprender que las deudas son verdaderas furias, con las cuales no se debe transigir. En cuanto á los consejos, los escuchaba con placer cuando se los presentaban con arte y bajo una forma elegante, cuando se dirigían á su ambicion, cuando exaltaban sus nobles virtudes. Pero los consejos prácticos y prosáicos, por un oído le entraban y por otro le salían.

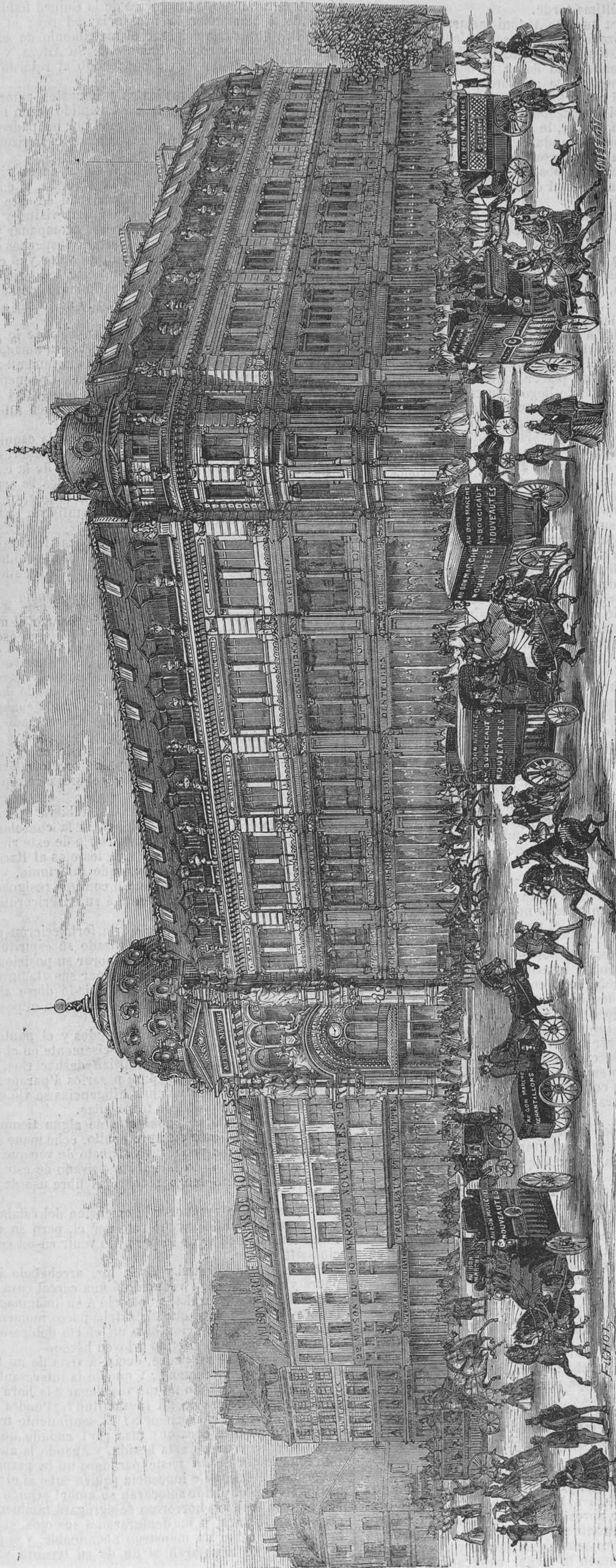
(Se continuará.)

(1) Apodo que se da en Inglaterra al verdugo.



TEATRO DEL CHATELET. — *Daniel Manin*, drama nuevo de los señores de Lorbac y de Harmonon : Escena de la reconciliacion de los *Nicolotti* y los *Castellani*. — (Véase la *Revista de Paris*.)

X. DUTHEIL



EMBELLECIMIENTOS DE PARIS. — Nuevos edificios de la calle de Sévres.

La cueva de Benidoleig.

NOVELA ORIGINAL HISTÓRICA.

(Continuacion. — Véase el número 1,003).

El tiempo, que hubiera querido hacer volar, le parecía no deslizar siquiera; y el afán de acortar el plazo que fijaba á su dicha aquel papel que habia leído y releído tantas veces, le hacia temer que no llegase nunca. Tal es el frenesí que suele caracterizar las pasiones.

Entre tanto pensaba en los términos en que pintaría su amor, las demostraciones que haría de su sinceridad y ternura, y las protestas con que acreditaría su fidelidad y constancia.

Excelente ocupacion para abreviar el perezoso tiempo, pues las ideas se acumulaban á su imaginacion; no bien habia arreglado un discurso, cuando otras nuevas se lo hacian variar, y así vió acercarse la hora de la cita sin haber coordinado todavía la arenga que queria pronunciar.

Poco faltaba ya para media noche, cuando Antonio salió de la casa de su padre en busca de la anhelada felicidad que el amor le ofrecía.

Sus presurosos pasos resonaban en las oscuras y silenciosas calles, y su pecho anunciaba la inmediatecion de la casa de su amante con su progresiva agitacion.

Llegado á la puerta misma por donde le habian sacado, espera á que el reló toque la señalada hora, suena la primera campanada, y alarga su trémula mano á la aldaba, que no tarda en encontrar.

Una rústica voz le pregunta quién es. Antonio pronuncia la palabra *Amor*, le responden *Constancia*, y un postigo se abre inmediatamente. Pone el pié en el umbral, le asen dos hombres, le vendan los ojos, y cogiéndole las manos le obligan á seguirle, con una cuidadosa precaucion de evitarle todo golpe y tropiezo.

Largo tiempo anduvo Antonio conducido de sus guías y sin saber por dónde, ya pareciéndole que atravesaba jardines cuyo ambiente estaba impregnado de los aromas de deliciosas flores, ya húmedos subterráneos, en donde los vapores mefíticos permitian apenas una libre respiracion.

Vendado, asido é indefenso enteramente, hubo un momento en que creyó haber cometido una imprudencia, y llegó á temer con tanta mas justicia, cuanto que al arrojarle la cinta no habia visto el rostro de María; nunca la habia hablado, y no tenia seguridad ninguna de que fuese ella misma quien le habia dado la cita que tanto le habia enagenado.

Siendo ella en efecto, nada tenia que temer, porque María era sobrina de Abuceyt, habia ya abrazado la religion cristiana, y el candor de su rostro anunciaba la pureza y la ternura; mas si no fuese ella, si la cinta y el papel hubiesen sido solamente un ardid engañoso para apoderarse á mansalva de su persona, ¿cómo libertarse ya de las manos de sus poderosos enemigos?

Por otra parte, Antonio no se habia detenido á averiguar si la puerta por donde habia entrado pertenecía al palacio que María habitaba; y aunque la que se habia abierto para libertarle del furor de los moros estaba bastante inmediata á la que la habia servido de entrada cuando la siguió al salir de la corte del rey, no tenia certidumbre ninguna de que perteneciese á su mismo edificio.

Alarmado por estas reflexiones, consideró que su situacion no era mas peligrosa que lo habia sido aquella misma tarde, y que ninguna necesidad tenian sus enemigos, si lo eran, de haberle atraído segunda vez á su poder, pudiendo haber ejercido entonces su venganza y furor.

Esta consideracion comenzaba á serenarle á tiempo que llegó al pié de una cómoda escalera, en la que el ensanche con que subía entre sus conductores le hizo reconocer por bastante espaciosa.

Concluida la escalera anduvo todavía algunos pasos; sus conductores le detienen, le quitan la venda, se retiran con precipitacion haciéndole una salutacion respetuosa, y Antonio ve...

Detenido en una especie de antesala, ve á su frente la entrada de un magnífico salon; las paredes, cubiertas de estuco, reflejan con su lustre y blancura un número prodigioso de luces, y adornadas solamente de grandes caracteres arábigos, contrastan y hacen resaltar los dorados y primorosos artesones, en los que el oro, el nácar y la concha ostentaban la opulencia de sus dueños.

Tres ricos almohadones de seda, y sobre un pavimento de mármol, están colocados en medio del salon; los dos ocupados por la interesante María y su madre, y el tercero vacío, que le ofrece un asiento entre ambas.

Antonio, deslumbrado por el súbito resplandor de tanta luz, apenas puede distinguir los objetos que se presentan á su vista; pero no bien reconoce á su amada, cuando sacando la cinta verde que llevaba en su pecho, corre ansioso á sus piés. María, ó tímida ó modesta, hace un ligero movimiento de retirar

cuerpo, y su fogoso amante, volviéndose á su madre, y enseñándole la cinta :

— Ved, dice, esta y mi corazón son los títulos que alego á la posesión de María.

Y diciendo esto, vuelve los ojos hácia ella. Esta, que se habia ya serenado de la turbación ocasionada por el arrebató de su amante, expresa en su fisonomía la deliciosa mezcla de la ternura y el pudor.

Antonio, embelesado, la contempla un instante en silencio, y este silencio, mas elocuente que los acalorados discursos, hacen conocer á María la pureza y el ardor de su llama. Antonio, dirigiéndose á su madre, va á continuar la reclamación que con tanto ímpetu habia principiado todavía á sus piés; ella le hace una afectuosa señal para que tome asiento, la misma y su hija aproximan el mullido almohadon, Antonio se levanta, y sentándose en él las dice lo siguiente :

— Todavía mi pecho no habia abrigado otro fuego que el ardor militar, y mi imaginación juvenil no habia formado idea de otro placer que el de ceñir mis orgullosas sienes con el glorioso laurel de la victoria. Llevado de este afán, y enardecido del furor de un combate obstinado y sangriento, perseguí las tropas sarracenas al frente de los valientes almugábares hasta dentro de esta hermosa ciudad, cuando todavía sus torres soportaban el peso de la odiosa media luna. Los enemigos se habian dispersado al terror de nuestras fulgentes espadas, y embriagado de la gloria del triunfo, cubierto de sudor, y rendido de cansancio, me restituí á los míos. El ruido de una ventana me hace alzar el rostro, que llevaba descubierto, y el de María, que se habia asomado, y se retiraba de ella, se ofreció á mi vista por la primera vez. Su maravillosa hermosura no hizo en mí, por de pronto, otra sensación que la de una agradable sorpresa. Pero ¡ah! sus facciones se imprimieron indeleblemente en este corazón, y el recuerdo y la contemplación de ellas me ocasionaban un recuerdo indecible. Yo no sabia descifrar el motivo de una inquietud desconocida; su imagen se presentaba por doquiera y sin cesar á mi memoria, y sus gracias (volviéndose á mirarla) eran el objeto de mi meditación. Tal era mi estado al tiempo de la rendición de la ciudad. A mi entrada buscaba por todas partes á María, y el malogro de mis continuas indagaciones comenzaba á entristecerme, cuando su encuentro en la corte del rey vino á correr el velo de mi ardiente pasión. La luz del cristianismo que ha recibido ya, ha derribado la alta valla que existía entre los dos. Si un amor, pues, tan puro y acendrado puede ofrecerla suficiente atractivo, permitidla que realice la esperanza que promete el bello color de cinta, y mi perpétua gratitud... Sí; ella y mi ternura os responderán de mi felicidad.

Así dijo Antonio, y la discreta Matilde, como asombrada de la impetuosidad de carácter que habia mostrado en todas sus acciones, y hasta en el anterior discurso, quedó un instante suspensa, y fijó los ojos en su hija. La expresión del semblante de esta, á quien amaba locamente, no la permite vacilar, é iba ya á responder; pero la viveza de Antonio no sabe reprimirse, y arrojándose á sus piés :

— ¡Qué! ¿Vacilais? la dijo. ¿Me negareis el bien en que cifro mi dicha? ¿Me condenareis al suplicio de vivir sin esperanza?

— No, Antonio, le responde Matilde. Las virtudes de mi hija y el amor hácia ella no me permiten resistir á su deseo. Su corazón fué vuestro desde el primer instante, y la fineza que esta tarde recibisteis ha sido consentida y dictada por mí. Tanto ella como yo hacemos justicia á vuestro mérito; pero moderad vuestro carácter: instruidla en los dogmas de la verdadera religión que ha abrazado, enseñadla la práctica de las virtudes con vuestro ejemplo, y que la paz y la felicidad que os deseo en la tierra sean el principio de la que os espere en el cielo.

VI.

UN FRACASO.

Enagenado Antonio al oír la respuesta de Matilde, manifestó á María el gozo que inundaba su corazón; y las lágrimas de esta, prontas á brotar de sus ojos, expresaron su contento, mas bien que las exclamaciones con que este se suele exhalar.

Contentada por la modestia, no habia osado desplegar los labios hasta allí; pero autorizada por su madre, se permitió la confesión de los sentimientos que la habian agitado desde el momento de conocer á Antonio.

Este, por su parte, se convenció de que la reserva y la timidez de su amada encerraban una sensibilidad y una delicadeza asombrosa; de que su talento y prudencia eran superiores á su edad, y de que si su belleza la habian cautivado por sí sola, su virtud, su ternura, su carácter, y tantas cualidades reunidas, debian fortalecer y justificar su pasión.

Satisfecha la madre de María de los sentimientos de Antonio, convino en llevar á efecto el enlace con su hija, desde que aquel tuviese la aprobación y el consentimiento de su padre; y en este concepto le autorizó para volver á verla en la noche siguiente.

Para ello le encargó la mayor precaución, le advirtió que tenia un rival sumamente peligroso, y tanto

mas temible cuanto que no carecia de poder, y que al furor de los rabiosos celos unia el resentimiento del suceso de la última tarde.

Bien hubiera querido Antonio aclarar esta materia; pero tranquilizado sobre los sentimientos de María, y viendo la resistencia de su madre á la explicación que deseaba, reconoció no deber insistir; retiró á su amiga las protestas de su amor, y avisado de que principiaban á rayar los albores del día, le fué preciso someterse á la necesidad de separarse.

Llegado á la puerta, le salieron á recibir sus conductores, é iban á vendarle otra vez, cuando á una señal de María desistieron de ello. Bajada la escalera, atravesaron varios patios, salieron á un jardín amenísimo y pasaron por él á otro edificio, que parecia separado.

De allí bajaron una rampa, entraron en una bóveda subterránea, é iluminada solamente por una débil y opaca luz.

A la derecha vió Antonio unas verjas de hierro cerraban el paso á otro subterráneo mas vasto todavía y profundo, y quiso acercarse á examinarlo; pero sus conductores, como asombrados ó estremecidos, le tiraron fuertemente del brazo, y guiándole á otra rampa muy estrecha á su frente, salió por ella á otro y otro patio, y de este á la puerta, cuyo postigo abrieron con grandes precauciones para darle salida.

De contento y de placer rebotaba el corazón de nuestro héroe, cuando llegó á su casa; mas su natural impaciencia y la vehemencia que caracterizaba sus pasiones, no le permitía gozar de la satisfacción presente. Las pruebas que habia recibido del amor de María, el consentimiento de su madre, y la licencia que habia obtenido para volver á verla, era mucho mas de lo que habia atrevido prometerse.

La bondad de su padre y el afecto que le habia manifestado en todas ocasiones, no le permitía dudar que aprobaría su inclinación, la cual podia esperar también con sobrada razón que lograria la protección del rey; y nada parecia deber oponerse á su felicidad.

Por otra parte, se habia distinguido en el sitio, y el repartimiento de las tierras que se habia mandado hacer, debía asegurarle una cómoda subsistencia.

Pero en medio de tantos motivos para confiar en el logro de sus afanes, le atormentaban las dilaciones que temia, y la noticia de su poderoso rival emponzoñaba su corazón, á pesar de la preferencia y las seguridades que habia recibido.

Ansioso de abreviar el término de su dicha, corrió á arrojarle á los piés de su padre para alcanzar su beneplácito; le enteró franca y sinceramente de las circunstancias de sus relaciones con María, y le pintó su pasión con toda la energía posible.

El conde, que tenia tanto motivo para aplaudir la conducta y el valor de este querido hijo, y que tenia también noticias de la virtud y hermosura de la jóven que era el objeto de su amor, no vaciló en aprobar su cariño y asistir á su enlace; pero quiso antes ponerlo en conocimiento del rey, de quien ambos habian merecido tan honrosas distinciones, el cual se encontraba á la sazón ausente.

Antonio, lleno de regocijo, se retiró á su cuarto, se entregó á la meditación de la dicha que le esperaba, y aguardó con afán aquella noche para volar á los piés de María y participarle el resultado de su amorosa diligencia.

Llegada con efecto la deseada hora, su amor y actividad le llevaron sin retardo á la puerta de su amada, y dada la señal convenida le responden con la misma contraseña; se abre el postigo, entra y no le vendan ya los ojos, pero le intiman que no se acerque á las verjas que intentó reconocer la noche última.

No dejó de hacer en Antonio alguna impresión esta advertencia, y de excitar fuertemente su curiosidad; pero ocupado de su amor y del deseo de llegar á María, siguió á sus conductores, cuyo lento paso hubieran querido acelerar y cuya parsimonia le parecia intolerable.

La descubre por fin al lado de su madre, cual la primera noche; sus conductores se retiran, y él corre á enterarlas de la licencia que habia obtenido de su padre.

Esta grata noticia, el amoroso afán y la sinceridad que respiraba la conducta y el lenguaje de Antonio, aumentaron la confianza de la bondadosa Matilde; la bella María se mostró mas afectuosa á los ojos de su estimado Antonio, y perdiendo su propia timidez comenzó á descubrir la temprana madurez de su juicio, y la perspicacia y agudeza de su ingenio.

No se necesitaba de este nuevo realce para llevar á colmo la ya exaltada pasión de nuestro héroe.

Cuanto mas contemplaba á María, tanto mas se persuadía de la imposibilidad de conocerla sin amarla; y creyendo su unión indispensable á la felicidad de su vida, no le atormentaba sino el temor de que le escapase aquel bien, á cuya pérdida juzgaba no poder sobrevivir.

Así las horas que estuvo en su compañía pasaron cual un relámpago fugaz, y solo pudo soportar la precisión de separarse con la esperanza de volver á la noche siguiente.

Antes de despedirse, le anunció la madre la variación de hora, que se fijó de diez á doce; Antonio manifestó su extrañeza sobre la oposición de sus conductores á que se aproximase á las verjas del subterráneo; Matilde le confirmó la necesidad de abstenerse de ello; María enrojeció algun tanto, y como ni una ni otra se permitiesen la menor explicación, se tuvo

que resignar Antonio con la ignorancia absoluta de este impenetrable secreto.

A este tiempo los negocios de la Guinea habian llamado á Mompeller la presencia del rey; el conde de B... no queria celebrar el matrimonio de su hijo, sin la noticia y consentimiento de Su Alteza, y el impaciente Antonio se vió condenado al retardo de su dicha.

Seguian pues los ardientes y honestos amores de Antonio y de María, y habia cumplido ya un mes de su fiel correspondencia autorizada por los padres respectivos, sin que se hubiese anublado el horizonte de su felicidad.

El primero no habia vuelto á saber de su rival, y aunque algunas preguntas de la segunda, el cuidado con que ella y su madre se informaban de si le habia acaecido algo al retirarse de la última visita, y sobre todo el repetido encargo de hacerse acompañar y preverse, hubiesen podido despertar sospechas que le hiciesen mirar por su seguridad, su valor y el carácter de vencedor le hacian despreciar todo riesgo, y confiado en sí mismo y en el abatimiento que suponía en los vencidos, se habia desdenado de tomar ninguna precaución.

Una noche se retiraba, pues, poseído de la esperanza, y ocupado de los atractivos de su amada María, cuya ternura parecia aumentar diariamente.

Habia andado algunas calles, y oyó un pequeño silbido á su espalda; preocupado con las gratas ideas que se ofrecían á su imaginación, no hace alto por esto, y sigue sin recelo adelante.

Llega al extremo de una calle, vuelve la esquina, y de repente se ve acometido por cuatro hombres con puñales. Salta con ligereza atrás, y tira de la espada para defenderse de ellos; pero otros dos se arrojan sobre él por la espalda, le sujetan los brazos, y uniéndose los otros burlan su valor é inutilizan sus esfuerzos.

Le vendan los ojos y le tapan la boca, le maniatan con horrorosa crueldad, y aunque hubieran podido quitarle fácilmente la vida, le hacen marchar en silencio y sin saber á dónde.

Algun rato le condujeron por su pié de este modo, despues le tomaron en brazos entre dos; por el movimiento advirtió que le bajaban por una larga escalera, y colocándole por fin en el suelo le aflojaron solamente las ataduras de los brazos, le destaparon los ojos y la boca, y dejándole allí se salieron y cerraron una puerta, cuyos sonantes quicios y el ruido de sus grandes cerrojos hubieran podido aterrorizar á cualquiera menos fuerte que el valiente y desgraciado Antonio.

Largo tiempo permaneció así sentado en el suelo, lleno de indignación y cólera, y sin hacer otras reflexiones que las de la iniquidad y cobardía con que le habian atacado.

Su furor se encendia con ellas, y hubiera caído tal vez en una desesperación criminal, si la consoladora religión no hubiera venido á libertarle de este riesgo.

En medio de su situación, alzó los ojos al Hacedor Supremo, le ofreció este inesperado infortunio, y sometiendo á su Divina voluntad con una resignación cristiana, se confió enteramente á su misericordia infinita.

Estos sentimientos de piedad le fortalecieron para soportar su desgracia, y tranquilizado su espíritu comenzó á discurrir el modo de mejorar su posición.

Lo primero que hizo fué examinar sus ataduras, y como el estado en que las habian dejado diese algun ensanche á sus brazos, se dedicó á ello con el posible esfuerzo.

La fortaleza, el número de los nudos y el punto en donde venian á parar, que era precisamente en el centro de la espalda, no le permitian deshacerlos, los cordeles no podían correr para pasarlos á paraje mas cómodo, y al cabo de muchas diligencias se vió vencido de la inutilidad de todas ellas.

Pero recordando el puñal que de algun tiempo á esta parte solia llevar siempre oculto, echó mano á él, aunque con mucha pena, tuvo el gusto de ver que sus traidores enemigos no le habian privado de este recurso, y sacándolo luego recobró el libre uso de sus manos.

Despues quiso reconocer la extensión del calabozo, y discurrió á tientas mucho rato por él, pero su muro en forma circular no le permitió venir en un conocimiento exacto.

Privado de la libertad y de la luz, arrebatado á su padre y á su amada, y reducido á una cárcel cuya capacidad misma ignoraba, se ofreció á su imaginación la idea de la felicidad que disfrutaba pocos momentos antes, y esta comparación hizo un efecto doloroso en el ánimo de nuestro afligido y jóven héroe.

— ¿Qué será de mi padre, decía, á vista de mi tardanza y mi desesperación? ¿Y qué de la interesante y sensible María, cuando no me vea llegar á la hora señalada? ¿Se quejará de mi inexactitud? ¿Pondrá en duda mi afecto y consecuencia? El sentimiento traspasará su amante corazón; mas ¡ay! cuando una y otra noche se renueve esta herida, y cuando la absoluta ignorancia de mi triste paradero no la permita conocer mi fidelidad é inocencia; ¿quién sabe si el resentimiento ó el olvido sofocarán su amor! ¿Quién sabe si á esta traición horrorosa se agregará también la grosera impostura, si me denigrarán á sus ojos, si me harán mirar como un monstruo abominable, y si por este medio no triunfarán al fin de su ternura y su candor!

Antonio no puede resistir á esta idea; la privacion de la libertad y de todos los bienes que acaba de perder, la puede soportar; pero ser calumniado á los ojos de su amada, perder su concepto y estimacion, y renunciar por fin al amor de Maria, le parece un desastre superior á sus fuerzas.

Rendido á tanta pena, se deja caer en el suelo y á la inmediacion de la pared, y reclinando la cabeza sobre ella principian á correr libremente sus lágrimas.

La sorpresa, el asombro y la amargura misma de su dolor no le habian permitido hasta allí discurrir de un modo juicioso sobre los autores del atentado cometido con él, así como las reflexiones ajenas de conformidad, de prudencia y exactitud, se resentian de la exaltacion de su amor á Maria; pero en el tropel de las ideas que le ocurren, recuerda las amonestaciones y advertencias de esta y de su madre, el suceso de la cinta y la noticia de que tenia un rival poderoso; ya no duda de que está en su poder, y si bien esto provoca nuevamente su indignacion, reconoce sin embargo de que su falta alarmará desde luego á su padre, este hará para encontrarle las posibles diligencias, que sabe el objeto que tenian sus salidas nocturnas; que es muy natural comunique á su amada tan triste novedad, y que esta, sabedora de su autor, se lo avise á su padre, el cual volará sin detencion en su busca y socorro.

Así es como unos pensamientos sucediéndose á otros se sucedia tambien alternativamente el desconuelo y la esperanza.

Muchas horas pasaron sin que el infortunado Antonio sintiese el menor alivio en su situacion. El cansancio, el desvelo y la falta de alimento le habian debilitado bastante; y como la puerta no se habia abierto todavia para procurarle el alimento necesario, llegó á sospechar si intentarían dejarle morir de este modo. En esto oyó un ruido como si moviesen alguna gran piedra sobre aquella estancia lóbrega y horrorosa; el ruido continúa, se levanta una losa en la parte superior de la bóveda que cubre el calabozo, y una débil y opaca luz penetrando por el vacío que esta deja, le permite registrar aquel recinto.

El desalentado Antonio fija los ojos en la abertura, y no tarda en ver bajar una cesta pendiente de un doble cordel; llega á tierra, y tirando del cordel se cierra el agujero.

Bien lejos estaba de sentir el menor apetito, mas el deseo de su conservacion le hace reconocer la cesta, encuentra en ella una cantidad abundante de pan y un gran jarro de agua, toma de lo uno y de lo otro, y despues de haber provisto á la imperiosa necesidad del sustento, vuelve á sus reflexiones, las que vino á suspender el sueño, dando unas cortas treguas á su acerbo dolor.

VII.

EL AGRESOR.

Dejemos á nuestro héroe en el inquieto sueño del infortunio, y suspendamos la relacion de su amargo despertar, para ver como se realizan las esperanzas que ha fundado en el amor paternal y en el de su amiga.

Aun no habia llegado la hora en que el respetuoso Antonio solia subir á la habitacion de su padre para cumplir los deberes filiales, y ya su criado habia entrado á decirle que no parecia su señor.

El conde de B... y su hijo primogénito saltan de la cama presurosos, envian á buscarle por la ciudad en todas direcciones, salen ellos mismos á recorrer las casas de los amigos que solia frecuentar, y descontento cada uno de sus propias diligencias, se restituyó á casa para saber el resultado de las que han sido confiadas á los otros.

Cuando por las relaciones de todos vieron la inutilidad de las pesquisas practicadas hasta allí, el padre y el hermano de Antonio se penetraron de una pena vivisima; pero en vez de perder el tiempo en exclamaciones ociosas, se dedicaron á escogitar los medios de recobrarle ó averiguar lo que habia sido de su persona.

Uno de los primeros que adoptaron fué enviar á llamar á Ceit Abuceyt, el tío de Maria, y participarle el suceso. Este, que despues de su conversion habia manifestado tan vivo interés por los cristianos, oyó con indignacion la noticia; pero no pareció maravillarse, y sin dar ninguna luz sobre un acontecimiento que aparentaba no extrañar, se salió de la casa con inquietud, y con su natural gravedad aseguró quedar á su cuidado la averiguacion del paradero del desgraciado Antonio.

Pero ya es tiempo de conocer al agresor y el motivo de su encono. Matilde, la madre de Maria, era hermana de Abuceyt, y habia sido otorgada en casamiento á Manzolk, favorito de este, gran perseguidor de los cristianos, y fanático sectario del islamismo, que habia muerto en la ceguera y el error de su secta. Indispuesto con Abuceyt desde que habia sospechado su conversion, se habia rebelado contra él y abrazado el partido del usurpador Zaen.

El favor que un principio habia merecido de su rey, las riquezas que habia amontonado y las relaciones de parentesco que con su enlace habia contraído, le habian dado el mayor crédito y poder. Así su decision

en favor de las pretensiones de Zaen habia dado mucho peso á su partido; pero todavia era preciso atraer á Abenholk, moro rico y de mucha influencia, que permanecia en la fidelidad de Abuceyt.

A este tiempo tenia ya Manzolk á Maria, llamada antes Zulema, que, aunque de tierna edad, prometia una maravillosa hermosura, y á la que una gravísima enfermedad de su madre, quitando la esperanza de mayor sucesion, la constituian heredera de todas sus riquezas.

Abenholk tenia un hijo llamado Zorbohihc, que participando ya de la crueldad y la perfidia de su padre, habia tomado sobre él el mas poderoso ascendiente; y Manzolk, convencido de que solo este podia servir de resorte para atraer á este moro, no dudó en ofrecer á Zorbohihc la mano de Zulema si decidia á su padre en favor del partido de Zaen (1). Zorbohihc, deslumbrado por las riquezas y hermosura de la niña Zulema, lo verificó así; y Zaen asistido de ambos moros, consiguió triunfar de Ceit Abuceyt y destronarlo.

No hablaremos de las penas y disgustos de Abenzara, que así la llamaban á Matilde antes de su dichosa conversion, al ver á su marido declararse enemigo de un hermano, á quien tenia un cariño entrañable.

Unida á él por pura deferencia á la voluntad de este hermano querido, contra los sentimientos de su propio corazon, el cual ardia en otra llama, que la costó muchos esfuerzos sofocar; este rasgo de ingratitud le hizo despreciable á sus ojos.

Manzolk, por otra parte, que no habia tenido en esta union otro móvil que el engrandecimiento, depuso todo lo afectuoso de su trato con su esposa desde que no pudo ocultar la perfidia de su conspiracion, y se creyó dispensado para con ella de toda consideracion y miramiento.

Ahora, pues, la muerte de Manzolk habia comenzado á trastornar los planes de Zorbohihc, cuando la hermosura de Maria habia encendido en su corazon el fuego del amor.

La conversion de esta y de su madre, que habian seguido próximamente á la de Abuceyt, habia levantado entre ellos una insuperable barrera. Además, la galanteria mora no era nada á propósito para captarse la voluntad de una jóven virtuosa y sensible; y la crueldad, la codicia, el orgullo y mil bajas pasiones que formaban el odioso carácter de Zorbohihc, la hubieran hecho mirar á Maria su enlace con una invencible repugnancia, aun cuando no hubiera tenido la felicidad de recibir la luz de la religion verdadera.

Zorbohihc, sin embargo, no habia cesado nunca de reclamar los derechos que creia le daba la palabra de Manzolk á la posesion de Maria; y todas sus misivas, que tenian el carácter de orgullosas, respiraban las mas crueles amenazas contra cualquiera á quien ella concediese la menor preferencia.

La proximidad á su casa, y muchos agentes empleados en espiar sus pasos y conducta, le habian hecho conocer la inclinacion de Antonio, su muerte estaba decretada para el instante en que recibiese de ella la menor distincion; y así hubiera sucedido con efecto, si el valor, la serenidad y la destreza de nuestro héroe no hubiesen salvado su vida hiriendo á su rival al recibir la cinta.

La herida no habia sido peligrosa, y rodeado siempre de sus parciales, habian salido diligentes á vengarle; pero Maria y Matilde habian previsto y presenciado el riesgo inminente de Antonio, y haciendo acudir sus criados, le habian libertado por los medios referidos.

Las importunaciones de Zorbohihc; el no haber este seguido á su padre, que habia acompañado á Zaen á la otra parte del Júcar, desde cuyos limites habia concedido el Conquistador ocho años de treguas; y el conocimiento que tenia Matilde de su carácter, le hacian temer á todas horas por su estimada hija, que sospechaba con bastante fundamento la querian arrebatar.

Con este motivo, y de acuerdo con Abuceyt, habia tomado todas las precauciones que dictaba la prudencia, y se habia decidido á casarla para quitar toda esperanza á su enemigo, y verla bajo la proteccion de un cristiano poderoso y valiente, que la pusiese á cubierto de toda tentativa criminal.

La aficion que su hija habia declarado tener á nuestro héroe, y las noticias que por medio de su hermano habia recibido del valor y virtudes de este jóven, habian determinado enteramente su eleccion, y la respetuosa conducta que habia observado en su trato, le habian grangeado tambien su estimacion y afecto.

Así estaban esperando la llegada del rey, que debia volver de la Guinea, cuando el perverso Zorbohihc, sorprendiendo y aprisionando á Antonio, confirmó las sospechas que se tenian concebidas de su inaudita iniquidad.

Tal era el autor de la desgracia en que hemos visto precipitar á Antonio desde la cumbre de la dicha á que le habia elevado el amor.

Pero volvamos al asunto. Abuceyt, enterado por el conde de B... de la desaparicion de su querido hijo, cuya ruina sabia de antemano que habian decretado, pero que nunca creyó llegase Zorbohihc á efectuar bajo la dominacion de los cristianos, corre presuroso á la casa de Matilde á enterarla de ella.

(1) Zaen destronó efectivamente á Abuceyt; pero se ignoran los medios que empleó, y es una pura ficcion todo lo respectivo á su hermana, que tampoco se sabe tuviese.

Esta y su hija le reciben con las lágrimas en los ojos, y manifiestan estar enteradas del suceso; pero á pesar de sus lágrimas, demuestran en aquel momento una serenidad que sorprende á Abuceyt, el cual sin mas antecedentes que los que ha sabido por el conde, teme y con mucha razon, que hayan acabado con sus dias.

Matilde tranquiliza á su hermano sobre este punto, le dice que ha sabido la desgracia de Antonio en el instante mismo de suceder, que pudo ciertamente haber perecido en el acto, y que todo ha sido efecto de no haber observado sus instrucciones; pero que las medidas están bastante bien tomadas, y aunque no está libre de peligro, confía...

Aquí hizo una pequeña reticencia, y concluyó, que todo será para bien. Respecto al conde, le encarga que no dé el menor paso, pues cualquiera de ellos podria costarle la vida á su infeliz hijo, sin que sus medidas bastasen á evitarlo, y que solamente tenga prevenidos doce ó quince hombres de toda confianza para el primer aviso, y se constituya con ellos al paraje que le será indicado.

Ya se iba á despedir á Abuceyt cuando entra presuroso un criado de Matilde, la habla al oido, y ella pierde el color; su hija, que lo observa, se inmuta y cae desmayada. Matilde la confia al cuidado de Abuceyt, sale con ligereza, y á poco rato volvió con semblante sereno. Los dos juntos se dedicaron á hacer recobrar el sentido á Maria, y conseguido esto, y tranquilizada tambien con las seguridades que le daba su madre, se retiró Abuceyt para ir á dar cuenta de todo al padre y al hermano de Antonio.

VIII.

EL MOMENTO OPORTUNO.

No fué largo por cierto el pesaroso sueño que embargó los sentidos de Antonio en su infeliz posicion. Jóven, agraciado y estimado de toda una familia, que le creia el ornato de ella, no habia aun conocido la desgracia, y era la vez primera que gustaba las heces de la copa de la calamidad.

Así fué tanto mas fuerte la impresion que hizo en él, y si no se dejaba llevar de su furor, ó caia por el contrario en aquella especie de abatimiento ó postracion, que suelen ocasionar en algunos los grandes infortunios, era porque recurria á cada momento á las reflexiones piadosas, por cuyo medio se libertaba de ambos extremos perjudiciales igualmente.

Las imágenes horrorosas que le ofreció su corto sueño, en vez de suspender sus padecimientos, contribuyeron á aumentarlos, y le pareció todavia descargarse de un peso al sacudir aquel letargo, mas funesto para él que la oscuridad del calabozo en que yacia sepultado.

Pero no era esta oscuridad lo único que tenia que temer. Su razon y su prudencia no le podian ocultar que se hallaba en poder de un rival despechado, y de un encarnizado enemigo que le habia atacado ya con el puñal, y cuyo pecho habia él atravesado con su espada.

Que este enemigo podia disponer á todas horas de su vida, y que para prolongar aun el placer bárbaro de quitársela, podia emplear los tormentos que le sugiriese su fiereza y su encono. Bien confiaba que su padre, sus amigos y la misma Maria harian todos los esfuerzos posibles para su libertad; ¿pero cómo arrancarle del poder de su rival, sin que este saciase antes la sed de la venganza?

Entonces comenzó á considerar que preocupado de su ardiente pasion, no veia al lado de su amada sino sus gracias y hermosura, y embelesado de ella no escuchaba sino sus ofrecimientos y ternezas.

Contaba por momentos las horas que pasaba en su compañía, oia con disgusto las reflexiones de Matilde que le estorbaban el placer de contemplarla; le parecian molestas y pesadas sus advertencias, y si oia sus consejos, era con aquella especie de tedio y distraccion que los hace olvidar al instante.

Su temerario arrojo le habia hecho despreciar como indigna del valor la precaucion de hacerse acompañar por las noches, y su distraccion le habia hecho desatender y olvidar las instrucciones que pocos momentos antes de su desgracia, le habia dado la vigilante y prudente Matilde.

Mientras esta mujer perspicaz é ingeniosa velaba y se desvia por su seguridad, su atolondramiento y su excesiva confianza, le habian sumido en aquel abismo lamentable.

Pasaba pues Antonio las pesadas horas de su prision en una cavilacion continua, y su ardiente imaginacion ya le representaba en las crueles é inexorables manos de sus verdugos; ya veia brillar en sus manos el puñal acerado, y ya le parecia sentirlo ahondar en su pecho.

Otras veces se creia entregado al capricho y furor de aquellos bárbaros, que abrigaban corazones cual de fieras, con absoluta libertad para ejercer en él sus inauditas crueldades.

Entonces le ocurrían sucesivamente las ejecuciones inhumanas que habia oido referir, y se figuraba padecer uno por uno sus atroces tormentos. Y otras, por fin, creia oír romper los cerrojos de su puerta, y ver entrar á su querido padre, que despues de exterminar

sus opresores, venia á restituírle á la libertad, á la luz, y á su estimada amiga.

¡Cuál sería la sorpresa y el gozo de esta al verle volver á su lado! ¡Y cuál disfrutaría él de la elocuente y sincera expresion de su amor y ternura!

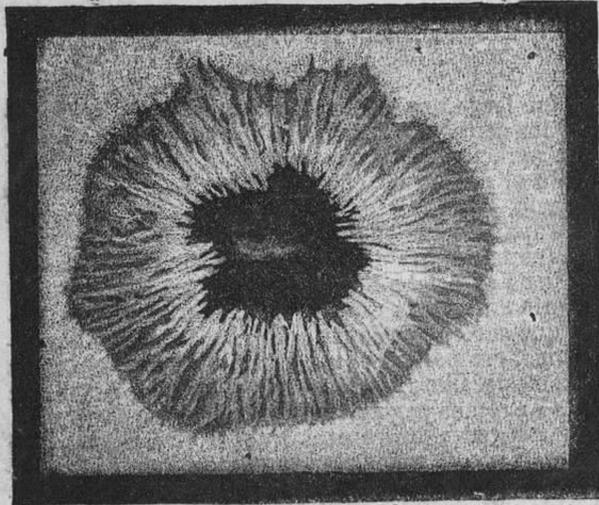
Estas últimas y gratas ideas estaba alimentando en su pavorosa mansion, cuando comienza á oír pasos á la inmediacion del calabozo.

Los pasos se acercan, se oye el bronco ruido de los cerrojos, la doble y pesada puerta gira rechinando sobre sus quicios, penetra la luz en aquella estancia tenebrosa, y entran por fin en ella los bárbaros ministros del opresor de Antonio.

La fiereza de sus semblantes, los puñales de que vienen armados, y el silencio y la cautela con que andan, parecen denunciar sus pérfidos designios, y pudieran aterrar á cualquiera otro menos fuerte y animoso que nuestro héroe.

Este, no obstante, cree llegada la última hora de su vida, y elevando la consideracion al Señor, y resignado en su divina voluntad, se la ofrece gustoso en sacrificio. Mas resuelto á cumplir con el deber de defenderla, se pone en pié, y dirigiéndose á los que cree van á ser sus verdugos ¿qué quereis? les dice con una extrañeza capaz de intimidarlos.

Estos, que le juzgan atado, y le ven marchar con soltura y aire amenazador, hacen un movimiento para retroceder; mas la voz de su jefe, que venia detrás, los contiene y alienta, y por un impulso simultáneo, se arrojan sobre él. En vano intenta Antonio defenderse con el puñal que saca furioso de su cintura, sus esfuerzos no sirven sino para aumentar la saña de sus enemigos.



Mancha solar regular.

Le sujetan los brazos, le oprimen, le maniatan y le llevan arrastrando hácia afuera.

Pasan un largo y húmedo corredor, llegan al pié de la estrecha y penosa escalera, le cogen en alto á fin de que no pierda á tanto golpe una vida que preservan aun para saciar á placer su venganza. Recorren despues un vasto subterráneo, penetran por una puerta muy semejante á la que cerraba el calabozo, bajan cuatro escalones, y se hallan en otro recinto semicircular é iluminado.

La pared recta que se ofrecia al frente presentaba una superficie lucida, la que contrastaba con el tosco y negro muro que formaba la bóveda. Al pié de la primera se veia un sepulcro, cuya mitad parecia embebida dentro de la pared. Era de mármol blanco, y en un medio relieve delante tenia el busto de un moro.

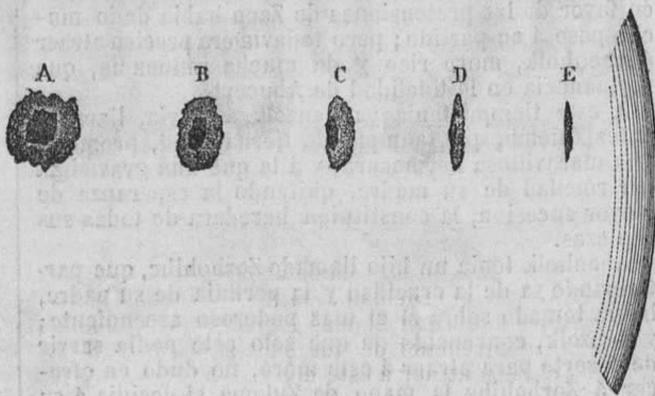
A los dos lados, y un paso antes de llegar al sepulcro, estaban ardiendo dos piras, y en medio de ellas se notaba un recio pilon de madera, que mantenía encima un alfange desnudo.

Los guardas que conducen, ó mas bien arrastran á Antonio, le hacen detener al frente del sepulcro, los restantes pasan por detrás, y se colocan con ridiculas ceremonias á los dos lados de la bóveda.

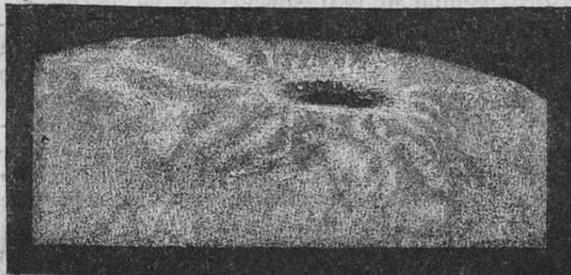
El jefe que los manda, y cuya venganza van á satisfacer, entra el último de todos, y se establece al lado de la pira derecha; un faraute ó intérprete se sitúa á su izquierda, y á una señal del jefe, le dice á Antonio en voz alta y en idioma lemosino: Que el sepulcro que mira es del poderoso Manzolk, padre de la hermosa Zulema, á quien las sugerencias de su tío han hecho ser infiel á la voluntad de su padre, y á la ley del profeta.

Que está ofrecida por su padre á Zorbohihc, con condiciones cuyo cumplimiento ha confirmado la obligacion, y que él ha osado seducir su corazon y aspirar á su mano.

Para acreditar este hecho, lee la donacion escrita



Manchas del sol arrastradas por su rotacion.



Mancha que llega al borde del sol.

de la mano de Manzolk, y despues elevando la voz: « Vosotros los cristianos, le dice, estais muy orgullosos con la toma de la ciudad; habeis derribado nuestras mezquitas, os habeis apoderado de nuestros bienes, y tú intentas usurpar á Zorbohihc hasta la posesion de Zulema. ¿Con qué derecho, añade, aspiras á su mano?

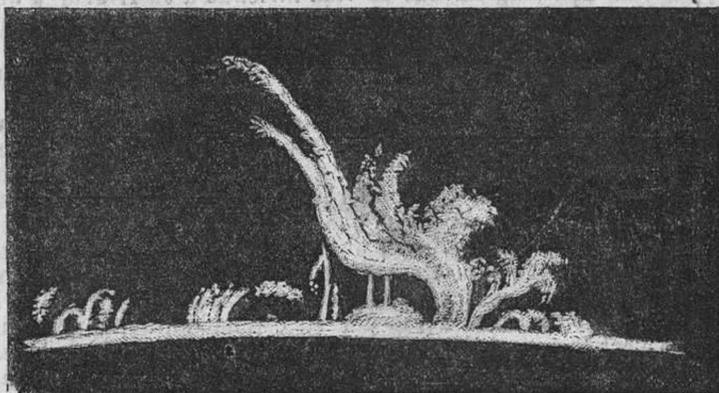
— No conozco á Zulema; amo solo á Maria, y fundo mi derecho en mi amor y en el suyo.

(Se continuará.)

El Sol.

EXPOSICION DE LOS PRINCIPALES DESCUBRIMIENTOS MODERNOS, POR EL P. SECCHI.

El osado espíritu humano, que ha logrado sondear



Protuberancia gaseosa observada en el borde del sol.

los profundos misterios de la naturaleza, descubrir los secretos que tenia ocultos, medir la altura de los inaccesibles cielos, pesar la tierra en la que fundamos nuestros imperios y dinastias, el espíritu humano se ha atrevido también con el resplandeciente Sol; ha contemplado de frente ese astro radiante de cuyos rayos está suspendida la vida de la Tierra; le ha examinado, escudriñado y dado vueltas, como si dijéramos, en todos sentidos; y aunque este estudio, comenzado hace tres siglos, está lejos aun de terminarse, sin embargo, ha adelantado ya lo suficiente para que uno pueda darse cuenta de la naturaleza del Sol, de su estructura y de su modo de accion luminoso y calorífico en el universo.

Desde hace algunos años se ha concentrado especialmente la atencion de los astrónomos de diferentes países, en el análisis de la curiosa superficie solar. Un ilustre astrónomo la ha hecho objeto de sus predilecciones científicas, y es el P. Secchi, director del observatorio de Roma, quien en una obra de lujo que

ha salido á luz en Paris, acaba de establecer el estado actual de la cuestion, resumiendo el resultado de sus propios trabajos y el de los demás astrónomos que se han ocupado en la materia.

La conclusion general de las determinaciones mas recientes hechas sobre la constitucion fisica del Sol, permite resumir como sigue, con el ilustre director del observatorio de Roma, nuestros conocimientos relativos al astro importante que nos alumbraba:

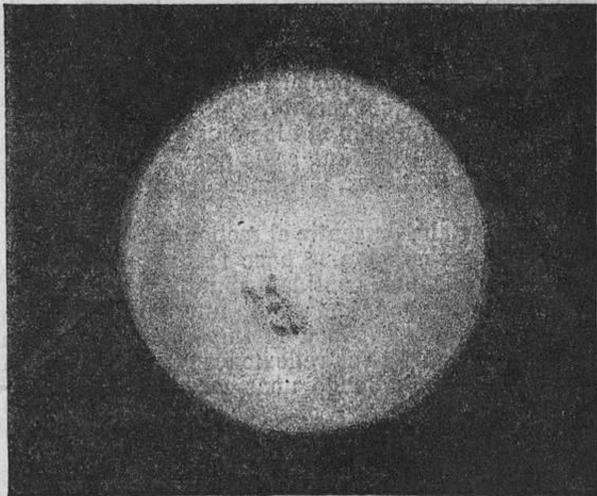
Mas allá del limite aparente del disco solar, existe una atmósfera trasparente, pero que disfruta de una fuerza de absorcion bastante considerable para poder detener una parte de los rayos solares.

No por todas partes tiene esta atmósfera igual altura; sino que alcanza su máximo en el ecuador y en la region de las manchas, haciéndose minima en los polos.

En esa atmósfera flota una capa gaseosa cuya temperatura es muy elevada, y de la cual se escapan las protuberancias. El hidrógeno es el elemento principal de esos apéndices y de la capa rosada que se oscurece durante los eclipses.

Esta capa, que envuelve por todas partes al Sol, tiene un espesor variable. No se compone exclusivamente de hidrógeno; contiene otras sustancias, y en particular vapor de sodio y de magnesio. Ciertas observaciones muy delicadas han descubierto también la presencia del vapor de agua.

Durante el eclipse total del 12 de diciembre último, M. Janssen pudo observar mas allá de la atmósfera del Sol, la existencia de un gas que le rodea en el espacio.



El Sol: fotografía sacada en un centésimo de segundo.

Las manchas son cavidades producidas por emanaciones de gas procedentes del interior, con una temperatura mas elevada y disolviendo en razon á esa temperatura una parte de la fotosfera. Esta opinion, apoyada ya con fuertes razones, adquiere un alto grado de probabilidad con las observaciones de las fáculas y las protuberancias, puesto que estos apéndices no pueden producirse sino con proyecciones de gas saliendo de la masa interior del sol.

El sol es un globo líquido, ó probablemente gaseoso. Es un inmenso horno, cuya temperatura se eleva verosimilmente á muchos millones de grados.

Añadiremos al terminar, que el Sol está situado á la distancia de 44,575 veces el diámetro de la tierra; esto es, á 148 millones de kilómetros; que su diámetro es 108 veces mayor que el del globo terrestre, de tal manera, que del centro á la superficie hay cerca del doble de la distancia de aquí á la luna; que su volumen es 1.259,712 de veces mayor que el de la Tierra, según las últimas medidas, lo que equivale á 1.393,350 sextillones de metros cúbicos:

1 393 350 000 000 000 000 000 000

y que el peso de esa inmensa esfera de gas es de cerca de 2 nonillones de kilogramos, á saber:

1 946 600 000 000 000 000 000 000 000

¡Cuánto dista la concepcion del universo moderno de la del universo antiguo, que veia en el Sol una pequeña antorcha creada de intento para la Tierra, que le suponía arrastrado por cuatro caballos y que tachaba á Anaxágoras de exageracion porque se atrevió á decir que quizás era tan grande como el Peloponeso!

C. F.